I

El ruido de los helicópteros rompió la magia del atardecer e hizo mirar hacia el cielo a Colacho, un joven de apenas trece años que, sentado a la puerta de la cabaña, acariciaba la piel de una pequeña boa llamada Mapaná.

—¿Qué buscarán? —preguntó al padre mientras ponía la serpiente en el suelo.

El Viejo Miguel, reacio a comentar los problemas de la zona con el hijo, intentaba inventar una mentira para contestar a Colacho cuando el ruido de otro motor llamó su atención.

—Alguien viene río arriba —dijo el Viejo.

Padre e hijo bajaron la mirada y vieron una lancha que se acercaba a la orilla del río.

—Entran para esconderse de la vigilancia del ejército —dijo Colacho quien, a pesar de las evasi-

vas y silencios del Viejo Miguel, sabía que en la región se hacían negocios ilícitos.

—En vez de juzgar a la gente sin conocerla, vaya a la cocina y encienda la estufa —replicó el Viejo, molesto por la impertinencia del muchacho.

—¡Ay, papá!, no sea inocente. De lejos se nota que esa gente no vive de sembrar yuca ni platanitos —añadió Colacho con rabia antes de entrar a la cabaña seguido por el desplazamiento sinuoso de Mapaná.

El Viejo Miguel los siguió con la mirada y, cuando los vio desaparecer tras la puerta de la cabaña, alzó la cabeza y contempló El Refugio. Así había bautizado Ángela, la madre de Colacho, el parador de río donde vivían. Examinó con nostalgia la casa de madera cubierta con tejas de zinc, el patio sembrado de árboles frutales, el quiosco con techo de palma y el huerto silvestre que los colonos de la región llaman conuco.

—Roberto Jiménez...

—¡El Tizón! —interrumpió uno de los acompañantes al hombre que se presentaba.

La carcajada de los recién llegados fue general.

—Mucho gusto —respondió el Viejo Miguel mientras veía las escamas que el fuego había tallado en el rostro, el cuello y las manos de El Tizón.

—Tenemos hambre y queremos descansar —dijo El Tizón encendiendo un cigarrillo.

—Aquí no hay lujos, pero la comida es buena y pueden colgar las hamacas en el quiosco —contestó el Viejo encandilado por los reflejos que escapaban del encendedor metálico de El Tizón.

—¡Trátenos con cariño, paisano, y le pagamos con el mismo cariño! —añadió El Tizón sacando del bolsillo un fajo de billetes.

La fanfarronería del recién llegado recordó al Viejo Miguel que la selva ya no era el sitio tranquilo donde se había instalado años atrás, sino que se había convertido en una especie de campo minado por donde deambulaban traficantes de animales, traficantes de coca y toda clase de aventureros dedicados al robo y al pillaje.

—¡Listo el fogón! —exclamó Colacho regresando junto a su padre.

A su lado, Mapaná se contoneaba feliz como si ella también hubiera hecho un gran esfuerzo.

—Descanse un rato, hoy trabajó muy duro —sugirió el Viejo intentando hacer las paces con su hijo.

Colacho lo miró con desdén y caminó en busca de su rincón preferido en el patio. Se acomodó en un banco de madera, sacó del bolsillo un trozo de carne y, después de atarlo a la punta de un palo, lo acercó a la nariz de Mapaná. La culebra dio un salto para alcanzar la carne, pero Colacho la apartó con un rápido movimiento. La escena se repitió hasta que, atraídos por las carcajadas Colacho y por los veloces movimientos que hacía Mapaná, los huéspedes se acercaron.

—Bonito animal —dijo El Tizón—, ¿cuánto hace que la tiene?

Orgulloso de la admiración que su juego estaba produciendo en los desconocidos, Colacho descuidó la carnada y Mapaná pudo, por fin, comer.

—Un año.

—¿Y no le da miedo?

—¿Miedo de qué?

—Cuando crezca puede ser peligrosa.

Colacho sonrió e hizo una mueca de burla. Confiaba en Mapaná, la había recogido recién salida de su huevo y la había criado. Con ella pasaba los días,



iba a buscar agua al río, a conseguir leña, a trabajar en el conuco y con ella conversaba cuando el Viejo Miguel salía de casa.

—Mapaná es mi hermana, los hermanos no son peligrosos.

Para sorpresa de los visitantes la pequeña boa hizo un círculo alrededor de Colacho y se enrolló a sus pies como si entendiera las palabras que estaba pronunciando.

—Le compro la culebra —propuso El Tizón y un brillo de avaricia le iluminó los ojos.

—Mapaná no está en venta —contestó Colacho.

—En este mundo todo tiene precio —dijo El Tizón exhibiendo otra vez su atado de billetes.

—Pues Mapaná, no —replicó Colacho.

El Tizón iba a insistir, pero apareció el Viejo Miguel.

—Listo el sancocho —dijo.

Nadie oyó la invitación a comer, permanecían atentos a la reacción de El Tizón ante la negativa de Colacho.

—Vamos, es de mal agüero dejar que se enfríe la comida —añadió el Viejo Miguel inocente a la tensión que se había formado entre Colacho y el visitante.

—Piénselo muchacho; la plata es como un venado, no asoma la cabeza dos veces —insistió El Tizón.

—A mí no me gusta matar a los venados, prefiero verlos correr entre la espesura —respondió Colacho mientras daba la espalda orgulloso y caminaba hacia el río con Mapaná colgada del cuello.

El Tizón sintió deseos de saltar sobre Colacho, agarrarlo de la camisa y enseñarle que a él nadie le daba la espalda en medio de un negocio, pero el Viejo Miguel intervino de nuevo:

—Vamos, don Roberto, no se va a amargar la comida por una culebra.

Terminaban la cena cuando los helicópteros del ejército pasaron de nuevo. El ruido de las hélices y los motores invadió el anochecer y merodeó un rato sobre El Refugio pero, momentos después, se perdió

en la lejanía y la selva recobró la serenidad y el silencio oscuro que suelen invadirla durante las noches.

El amanecer descubrió a Colacho soñando con Mapaná. El Viejo Miguel había despedido a los visitantes un par de horas antes y, en ese momento, se dedicaba a afilar las herramientas que debía usar durante aquel día.

—¡Colacho! —gritó el Viejo cuando acercó el machete al dedo pulgar y vio que le cortaba la piel con apenas rozarlo.

El muchacho abrió los ojos, se desperezó y saltó de la hamaca con la intención de sacudir la cesta donde dormía Mapaná. La serpiente era perezosa y a él le encantaba verla enojarse y sisear.

—¡Colacho! ¡Colacho! Apure que necesito que traiga agua —gritó el padre mientras entraba en la habitación del hijo.

—¡No está Mapaná, ni la canasta donde duerme! —dijo angustiado Colacho.

La voz quebrada del muchacho hizo olvidar al Viejo las premuras. Buscó la cesta donde dormía Mapaná y, al no verla, empezó a buscarla por el cuarto, pero la inspección solo le sirvió para ver los reflejos

que escapaban de un pequeño objeto que había tirado en el suelo.

—Es el encendedor del quemado —dijo Colacho cuando el Viejo Miguel le mostró lo que había encontrado.

Sin permitir hablar al padre, Colacho salió de la casa y corrió hacia el quiosco en busca de El Tizón. Al ver que los huéspedes ya se habían marchado, apresuró el paso y siguió rumbo al río.

—¡Mapaná! ¡Mapaná! —gritaba.

El Viejo, al ver la angustia de Colacho, corrió tras él y, apenas llegó a la orilla del río, lo abrazó. Mientras se pegaba al cuerpo del hijo, el Viejo recordó los misterios y las prisas que mostraron El Tizón y los acompañantes en el momento de partir. En ese momento debían estar muy lejos río arriba, o refugiados en alguno de los campamentos que los maleantes levantan al interior de la selva.

II

Una inspección inútil a los alrededores de El Refugio confirmó que Mapaná había desaparecido y el Viejo Miguel y Colacho no tuvieron más opción que volver a casa y sentarse desconsolados en el comedor. Sobre la mesa quedaban restos de la cena que habían disfrutado El Tizón y sus hombres.

El Viejo limpió, reavivó el fogón y preparó café amargo y arepas de maíz para desayunar. La comida quedó deliciosa pero Colacho no quiso probarla.

—No dejaremos que se la roben, ¡vamos por ella! —dijo cuando el Viejo Miguel se sentó a la mesa.

El Viejo Miguel esperaba la propuesta, pero le dolió escucharla.

—Si salimos rápido, los alcanzaremos antes de que lleguen al raudal de Sikuane —añadió Colacho y se puso en pie.

El Viejo Miguel eludió la mirada del hijo y siguió masticando con lentitud.

—¡Papá! —gritó Colacho desesperado— mientras usted come, El Tizón y sus cómplices nos toman más ventaja.

—Siéntese, mijo, es mejor pensar con calma el paso que sigue —contestó el Viejo.

—No quiero perder tiempo pensando algo que está claro —respondió Colacho.

—Nada está claro. Esos hombres viajan en lancha de motor. Seguirlos en nuestra canoa es una tontería.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer? —replicó Colacho, desconsolado.

—Lo más sabio, ponernos a trabajar; la siembra de la platanera está atrasada y si no nos apuramos, llegará el verano y no tendremos comida.

—No, papá, puedo vivir sin comer, pero no sin la compañía de Mapaná —gimió Colacho.

El Viejo Miguel permaneció en silencio.

—Tendrán dificultades para atravesar el raudal de Sikuane —insistió el hijo, será fácil alcanzarlos allí.

—Ni siquiera sabemos si pasarán por el raudal. Pueden acampar cerca de aquí o a cientos de kilómetros de distancia.

—Si seguimos el río, seguro que los encontramos.

—No, Colacho, no vale la pena, mejor olvídese de Mapaná.

—Pero, ¿por qué?

—Aunque los encontráramos, ¿qué podríamos hacer? Es gente peligrosa. No vamos a arriesgar la vida por una culebra.

La última respuesta convirtió la tristeza de Colacho en rabia. No podía creer que el mismo hombre capaz de pasar horas y horas hablándole sobre la importancia del amor y de la amistad aceptara, sin pelear, que le robaran lo que más quería en la vida.

—Pues si a usted le da miedo ir, ¡a mí no!

—¡No me falte al respeto, Colacho! ¡Esta es mi casa y aquí se hace lo que yo digo!

El grito del Viejo Miguel no atemorizó a Colacho, al contrario, lo enfureció aún más.

—Tiene razón. Esta es su casa, no la mía. ¡Aquí siempre me he sentido solo! —replicó mientras salía del lugar.

El Viejo Miguel dejó ir a Colacho. No tenía deseos de discutir con él. Al verlo caminar hacia el río pensó que, como siempre, se sentaría en la orilla y después, apaciguado por el fluir sereno de las aguas, volvería a trabajar.

Pero, mientras caminaba, Colacho, además de rabia, sentía frustración, sentía desencanto y, con tristeza, confirmaba un temor que llevaba meses acechándolo: el Viejo Miguel se había vuelto viejo, se había vuelto cobarde y ya ni siquiera era capaz de comprenderlo.

Iba tan abstraído en sus pensamientos que solo advirtió que había llegado al río cuando el agua le mojó los pies. Por primera vez no quedó embrujado por la majestuosidad del agua y el fluir de la corriente, tan solo vio un caudal sucio que arrastraba con arrogancia las hojas, los pedazos de árboles y la maleza mutilados a la selva.

La curva que daban las aguas antes de perderse en la espesura le recordó la forma en que la boa serpenteaba entre la leña y una lágrima le empañó la vista. Mapaná no podía perderse solo por negligencia del Viejo Miguel. Debía rescatarla, volver a tenerla junto a él y, de paso, demostrarle a El Tizón y a

sus secuaces que disfrutar de una buena compañía es más importante que tener un fajo de billetes en el bolsillo.

La ilusión de rescatar a Mapaná se hizo aún más fuerte cuando escuchó el golpeteo del machete de su padre desyerbando la platanera. Con sigilo, porque tenía claro que en la selva los sentidos se agudizan y era posible que el Viejo Miguel notara lo que hacía, se dirigió a la cabaña. Sacó de un baúl el cuchillo que el Viejo le había regalado en Navidad y se lo colgó al cinto. Después guardó en una mochila media panela, dos puñados de mañoco y el tazón de aluminio indispensable para preparar estos dos alimentos.

Se aproximaba al río cuando el golpeteo seco del machete volvió a oírse. Colacho dudó, jamás se había alejado del padre, ¿estaría bien desobedecerlo, irse sin su aprobación?

Como siempre, ante la incertidumbre, Colacho pensó en la madre. Si ella estuviera lo apoyaría y sería capaz de convencer al papá de la importancia de recuperar a Mapaná. Pero Ángela había muerto y el Viejo Miguel tenía demasiados años y problemas para comprender lo que él sentía.

El machete volvió a sonar. Esta vez el sonido no le produjo dudas, sino que lo llenó de fuerzas. Acercó la canoa al río y se tranquilizó al pensar que no podrían seguirlo, solo tenían una embarcación y el Viejo Miguel tendría que caminar varias horas para llegar a un sitio donde conseguir otra canoa.

Arrojó las provisiones dentro de la canoa. La brisa del río, el vaivén de la corriente y el sonido del remo al desplazar el agua lo animaron. Era media mañana, si se apresuraba estaría en el raudal de Sikuane al comenzar la tarde. Si no encontraba a El Tizón y sus hombres allí, más adelante había un caserío indígena en donde, con toda seguridad, conseguiría alguna pista sobre ellos.

III

El Yaré es un río de doscientos metros de ancho que serpentea caprichosamente entre el ropaje espeso de la selva. A primera vista parece un ser quieto, en reposo, pero navegar río arriba y contra la corriente exige firmeza con el remo, constancia y mucha habilidad para eludir los remolinos que se forman cada vez que el río toma una curva.

Al mediodía, Colacho estaba agotado. El calor era insoportable, él sudaba a chorros y su estómago, que echaba de menos el desayuno abandonado sobre la mesa de El Refugio, crujía como si el remo hurgara debajo de su ombligo y no dentro del agua.

Además, Colacho cruzaba por un sector del Yaré infestado de jejenes. Los mosquitos aparecían en oleadas y, después de convertir el paisaje en una postal manchada de infinitas pecas negras, caían sobre

él destrozándole la piel, la tranquilidad y hasta los deseos de buscar a Mapaná con tantos picotazos.

Al comienzo, logró soportar la embestida de los jejenes, pero, después de un rato, se enfureció, empezó a manotear, a darse palmadas en la cara y a sacudir el cuerpo como si estuviera bailando una danza extraña y violenta. Era un baile sin resultados, cuanto más se movía y manoteaba, más penetrante era el zumbido de los mosquitos, más jejenes se le pegaban al cuerpo y más agresivo era el ataque de los insectos.

Luchó tanto y se empecinó tanto en vencerlos a sacudones y manotazos que descuidó el remo. El río, que parecía estar alerta a que cometiera el primer error, arrastró la canoa hacia uno de los remolinos y, mientras Colacho se obstinaba en la inútil batalla con los jejenes, ladeó la embarcación y empezó a filtrar agua dentro de ella.

Colacho intentó enderezar la canoa pero no lo consiguió, el río ya le había tomado ventaja. Y los jejenes, indiferentes al peligro al que lo conducían, siguieron acosándolo. Desesperado, con la boca y la nariz atragantadas de mosquitos, con el cuerpo convertido en una intensa señal luminosa y con la ca-

noa a punto de hundirse, Colacho decidió lanzarse al agua.

El truco funcionó, estar dentro del río lo libró de la mayor parte de los jejenes y, nadando con firmeza, consiguió empujar la canoa y llevarla hasta una parte del río donde la corriente fluía con tranquilidad.

Feliz, se subió de nuevo a la canoa, usó el tazón de aluminio para sacar el agua que se había filtrado y, mientras se frotaba la piel para aliviar la picazón, entendió que si deseaba recuperar a Mapaná debía abandonar el mal genio y actuar con serenidad.

Los mosquitos parecieron comprender el cambio de actitud de Colacho porque, de repente, desaparecieron. Sin embargo, se tomó aquella tregua con respeto y, para no volver a provocarlos, empezó a remar con suavidad, a avanzar casi de puntillas dentro del agua y, para no desesperarse, a dejar que los ojos vagaran en el quieto horizonte.

Duró remando con parsimonia y calma un buen rato, pero, aunque se sentía más tranquilo e iba avanzando paso a paso, el sol no quiso ayudarle en la pausa y el calor empezó a apretar aún más. Un rato después, el ambiente era tan sofocante que la selva parecía un inmenso horno hecho con paredes de un follaje verde y brillante. Colacho se sintió solo,

añoró a Mapaná, añoró de nuevo el desayuno, añoró a su mamá e incluso añoró la palabrería y los refranes que brotaban a borbotones de la boca del Viejo Miguel cada vez que navegaban juntos por el Yaré.

De ese mundo angustioso y sofocante lo rescató el bullicio y el desparpajo de una bandada de loros. Las aves volaron encima de él y rompieron el cielo de un modo ruidoso y desordenado. Colacho olvidó las fantasías, recordó los días felices de la infancia cuando las bandadas de loros y guacamayas le alegraban la vida y siguió con la mirada las aves hasta que desaparecieron en la lejanía. Animado, como si aquella bandada de loros fuera una señal enviada del cielo, le imprimió un mayor ritmo al remo y empezó a cantar una vieja tonada de amor.

Un rato después, había avanzado un buen trecho, el hambre se le había convertido en tan solo un pequeño ardor en el vientre y el sol en un buen compañero que iluminaba las canciones que tarareaba y las transformaba en fantasías y proyectos de futuro. Colacho se deslizó por entre sueños y se dedicó a hacer y rehacer el zoológico que iba construir con el dinero que, gracias a la ayuda de Mapaná, ganaría cuando se convirtiera en el domador de serpientes más famoso del mundo.

IV

Absorto en sus ilusiones, Colacho tropezó con el raudal de Sikuane; un sector del río donde dos paredes de piedra forman un cañón que acorrala las aguas del Yaré. La corriente, acostumbrada a moverse sin ataduras, muestra el disgusto lanzándose con furia contra las dos rocas laterales y envolviendo en espuma a otras piedras que, como cabezas calvas de gigantes, asoman sobre el lecho del río.

El raudal de Sikuane es peligroso. Los indios lo consideran un lugar sagrado y solo los viajeros más audaces navegan en aquellas aguas. Para el resto de los viajeros existe un camino paralelo al río por el cual se va a pie y se arrastran las canoas. Es un trayecto fangoso, lento y difícil, pero evita poner en peligro la vida y las provisiones.

Colacho se alegró al ver el raudal, la primera parte de la ruta había terminado. Se acercó a la orilla,

examinó el camino para ver si había huellas de El Tizón y sus hombres y, al no encontrar ninguna, pensó que, seguramente, entre ellos había un navegante diestro que los había conducido por entre las piedras del raudal.

No era una buena noticia, significaba que le llevaban más ventaja de la que pensaba. Preocupado, miró el raudal y, a pesar del estruendo y la espuma que formaba el choque del agua contra las piedras, el Sikuane no le pareció la zona infranqueable de que hablaban siempre el Viejo Miguel y los demás colonos.

Pensó que el invierno apenas empezaba, que la corriente aún era débil, que iba solo y sin carga y que si, igual que El Tizón y los amigos, cruzaba por el raudal, podía recuperar parte de la ventaja que le llevaban.

Metió las manos dentro del agua y se roció la cabeza. El frescor que disfrutó lo convenció, el agua no podía ser tan mala si podía hacerlo sentir tan bien con solo mojarse un poco. Además, iba a demostrarle al Viejo Miguel, a Mapaná, y a sí mismo que era capaz de cruzar en canoa y contracorriente el famoso y peligroso raudal de Sikuane.

Entró al raudal, sintió las aguas resistírsele todavía más, si el Yaré tenía una implacable corriente que lo había hecho esforzarse y sudar a chorros para llegar hasta Sikuane, allí el esfuerzo que había que hacer era mayor y exigía el doble de concentración y cuidado.

Logró evadir los primeros torrentes, se animó y se convenció del acierto de la decisión que había tomado. Tenía que navegar serpenteando entre piedras, evitar los troncos que bajaban enloquecidos por la corriente y no solo remar, sino luchar porque las aguas no le arrebataran el remo, pero sentía que era posible cruzar el raudal y ganar el tiempo que necesitaba para alcanzar a El Tizón y sus hombres.

Una felicidad igual al rumor del río le creció en el pecho y, olvidándose del hambre, agradeció a Dios porque allí el bochorno era menor, había menos mosquitos y hasta menos soledad. Apareció un torrente mayor, se metió dentro de él, tomo aire y luchó sin desfallecer hasta superarlo. La fuerza de las aguas estremecía con rabia la canoa, pero él avanzaba sin dudar, sin pensar en la fuerza del río, concentrado tan solo en sus propios esfuerzos.

El corazón empezó a latirle como, muy seguramente, latía el corazón de los héroes y Colacho celebró los progresos entrando en un torrente mayor que el anterior. El torrente era como una inmensa ola necia y enfurecida y estuvo incluso a punto de volcarle la canoa, pero, finalmente, consiguió seguir adelante y avanzar otro trecho.

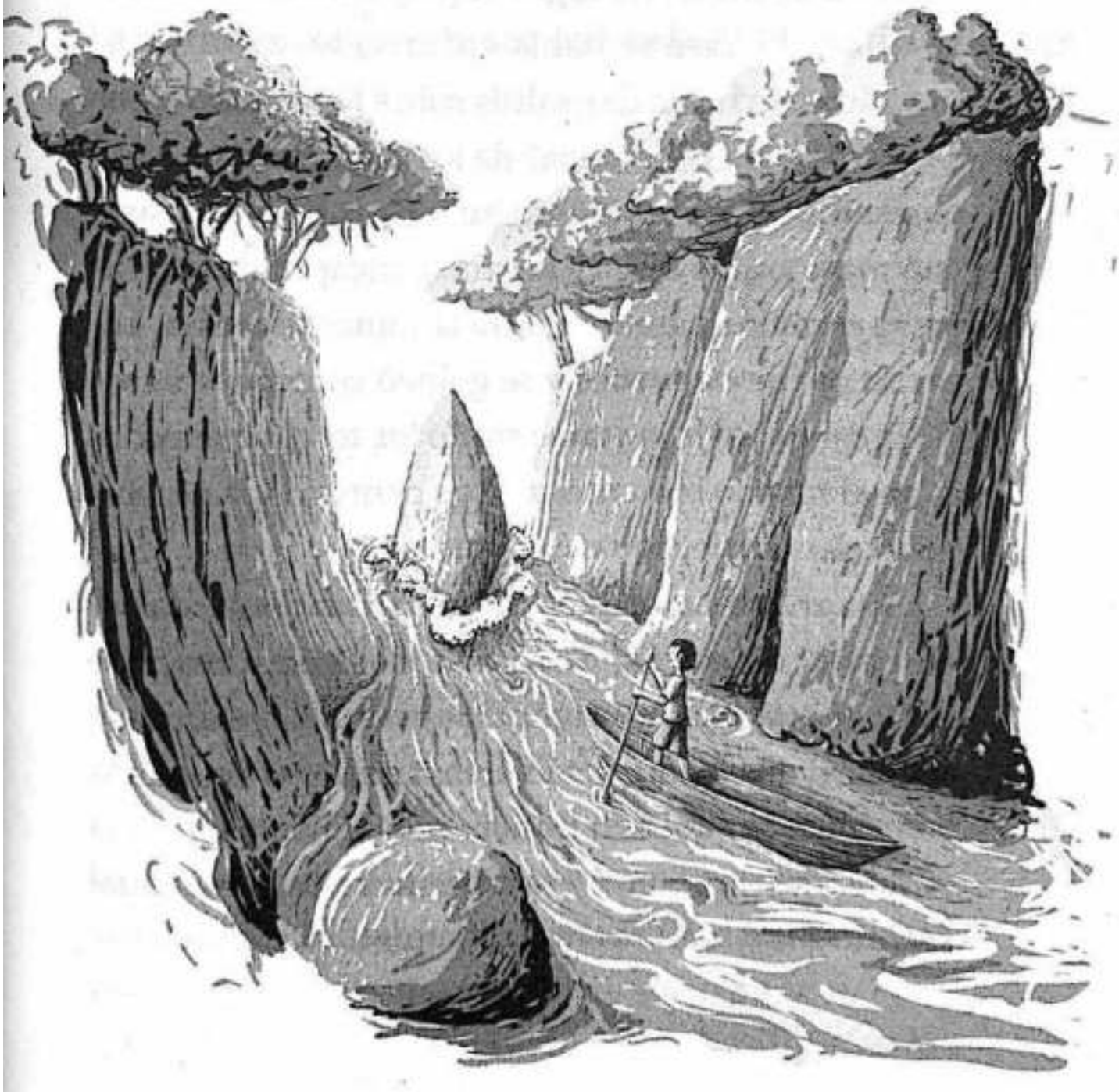
Pero los progresos duraron poco. Unos metros adelante, asomó en medio del lecho del río una piedra igual de alta que las dos piedras laterales. Emergía con tal ímpetu y ocupaba tanto espacio, que no solo partía en dos el ya estrecho cauce, sino que convertía al Yaré en una manta de espuma espesa bajo la cual era claro que se estremecía un caudal asustado y en estampida.

Debía orillarse y continuar a pie. Pero, ¿cómo? Allí no había playa ni ribera, solo estaban aquellas dos paredes de piedra lisa, húmeda y verdosa vigilando el río. Miró hacia atrás, no era fácil devolverse. Aunque había avanzado poco, si algo era más difícil y peligroso que superar el Sikuane aguas arriba, era intentar vadearlo con la corriente impulsando sin control la canoa.

No tuvo mucho tiempo para tomar decisiones. Mientras pensaba, el raudal empezó a llevarlo con

rapidez hacia atrás, la espuma empezó a colarse por los bordes de la canoa y, aunque intentó concentrarse y remar, era claro que el control de la embarcación lo tenía el río.

Remaba por la izquierda, remaba por la derecha y hacía equilibrio para no hundirse y recobrar el



mando. Pero era inútil, la canoa terminó por inclinarse hacia uno de los costados y empezó a dejar entrar el agua.

Colacho soltó el remo e intentó sacar agua de la canoa. Pésima decisión, al dejar el remo, la corriente lo devolvió aún con más furia y, cuando intentó volver a avanzar, no logró siquiera meter el madero al río. El Yaré se había enfurecido, zarandeaba la canoa y la hacía dar saltos sobre la espuma y golpearse contra las cabezas de los gigantes.

Justo en ese momento, una de las cabezas asomó más que las otras y la canoa, incapaz de evadirla, se estrelló de frente contra la inmensa piedra. Colacho se fue de bruces y se golpeó contra un borde de la canoa. Al levantarse sintió los tobillos mojados y, en el mismo instante, vio sus pantorrillas desaparecer dentro del agua. Se hundía.

Y, aunque necesitaba la embarcación para continuar la búsqueda, debía abandonarla y lanzarse al río si quería tener alguna posibilidad de salvar su vida. Mientras el agua lo arrastraba y él intentaba mantener la cabeza a flote para no ahogarse, vio la canoa irse río abajo y vio al remo perseguirla igual que un niño hambriento persigue a la madre.

V

La espuma que se formaba sobre el agua no era solo consecuencia de la presión ejercida sobre las aguas por la repentina disminución del cauce del Yaré, era también producto de la furia con que el río arrastraba basura, ramas, troncos, piedras y hasta animales muertos y los estrellaba contra las piedras gigantescas del Sikuane.

En medio de este mundo furioso y caótico, Colacho intentaba nadar, tragaba agua, sentía un miedo que hasta entonces no había conocido y oía el corazón retumbar como si no estuviera dentro del pecho, sino dentro del río, como si aquel corazón se hubiera aliado con su peor enemigo.

La cabeza se le llenó de recuerdos de Mapaná, de imágenes de El Refugio, de las pocas pero intensas escenas que había alcanzado a vivir con su mamá

y las últimas peleas que había tenido con el Viejo Miguel y hasta de ráfagas de palabras iguales a las que el Viejo había pronunciado aquella mañana.

¿Por qué había sido tan bobo de meterse en el raudal, si ya unos kilómetros río abajo había visto que el río era peligroso? ¿Qué sería de Mapaná si él se ahogaba? Y, ¿qué sería del Viejo Miguel? ¿Soportaría la muerte de su hijo así como fue capaz de soportar la de la esposa?

¡No! No quería ni pensarlo. A pesar de los golpes, el miedo y la asfixia, no moriría sin luchar. Estiró los brazos, estiró el cuerpo y volvió a intentar salir a flote. Pero el raudal no le dio tregua. Un tronco lo alcanzó y, antes de superarlo, le pegó en la cabeza, lo dejó medio zombi y lo hizo tragar todavía más agua.

Colacho se sintió perdido. Era claro que el río no quería ayudarlo y que la mala suerte lo perseguía. No podía más; iba a morir sin ver de nuevo a Mapaná y sin que ella supiera que había arriesgado todo lo que poseía por recuperarla. Vencido, con la asfixia extendiéndose como niebla por su cuerpo, decidió que, aunque no sabía qué era la muerte, iba a entregarse a ella.

Relajó el cuerpo, y no hizo ni un esfuerzo más por respirar. Se entregaba al destino y rezaba con la poca lucidez que mantenía, cuando la corriente perdió fuerza. De pronto, ya no era arrastrado sin control, la furia de las aguas se desvanecía y el Yaré volvía a ser el río plácido y acogedor en el que se bañaba todas las mañanas.

Se había salvado, el Sikuane le había pegado un gran susto, pero había sido indulgente y, como no había logrado avanzar mucho, había terminado por arrojarlo con vida fuera de él. Consciente de su buena suerte, Colacho estiró el cuerpo, manoteó, pataleó y apretó los dientes pensando en Mapaná, en la posibilidad de volver a verla.

Pudo nadar y cuando sintió los brazos salir del río, abrió la boca. Lo hizo demasiado pronto y sorbió la última bocanada de agua. Habría muerto allí, pero mientras el líquido inundaba, aún más, el pecho, la cabeza salía del río y el poco oxígeno que el agua dejó entrar en los pulmones fue suficiente para darle una nueva oportunidad en la vida.

Tosiendo y escupiendo siguió nadando en busca de la ribera. Nadaba como si fuera un robot acuáti-

co: con los ojos fijos en la playa, como si sobre aquella pequeña franja amarilla existiera una fuerza magnética que lo atraía y lo atraía y que no estaba dispuesta a abandonarlo hasta que sus manos tocaran tierra firme y quedaran untadas de arena.

VI

Llegó a una ribera pequeña y solitaria. Uno de esos recodos de ensueño donde los venados, las serpientes, los tapires y los lagartos van a beber durante las noches. Pero, a pesar de la belleza del sitio, del jugueteo de los pececillos bajo el agua y de la tranquilidad que se respiraba, Colacho supo que se encontraba en una situación desesperada.

A su espalda, crecía una selva tupida en la cual no había colonos ni indígenas que pudieran ayudarle. Frente a él, seguía el raudal de Sikuane y, aunque podía eludirlo caminando por la trocha, poco ganaba con hacer ese recorrido porque una vez terminada la senda no tendría canoa para navegar aguas arriba.

Lo sensato era regresar a El Refugio. Pero la idea de volver junto al Viejo Miguel y aceptar el fracaso y la pérdida de la pequeña barca le pareció más do-

lorosa que las contusiones y los profundos rasguños que tenía.

Además, estaba Mapaná, no había emprendido la búsqueda para regresar a casa sin ella. El susto y los golpes se justificaban si mantenía la esperanza de recuperarla y de volver a jugar con ella.

¿Qué podía hacer? ¿Cuál era el camino a seguir?

Alzó una rama y la utilizó para trazar sobre la arena un mapa de la región. El croquis le recordó que bordeando el río durante unas horas llegaría a un poblado indígena donde, aparte de alguna pista sobre El Tizón, hallaría comida y descanso.

Ya había pasado el mediodía, pero calculó que podría llegar al caserío indígena antes del anochecer. Ni su padre iba a alcanzarlo, ni El Tizón podía ir tan lejos, así que no había razón para perder la esperanza y dejarse derrotar por el primer obstáculo.

Mirando el mapa de nuevo y midiendo con la mente las distancias juró en voz baja, como si en medio de tanta soledad alguien pudiera oírlo, que aunque tuviera que volver a arriesgar la vida no regresaría junto al Viejo Miguel hasta recuperar a Mapaná.

Al dar los primeros pasos se puso las manos en la cintura y el roce con una funda de cuero le alegró

la partida. Conservaba el cuchillo. Sintiéndose todavía más preparado para seguir adelante acarició el mango del cuchillo, apuró el paso y, como el hambre volvía a acosarlo, pensó que en el camino apaciguaría su estómago usando el cuchillo para proveerse de palmitos, carambolos o algo parecido que le sirviera de alimento.

Pero el problema no era solo el hambre. En la selva, la cercanía del río hace florecer las plantas y vuelve tupida la vegetación. Abundan árboles de todo tipo, pequeñas palmeras y toda clase de lianas, bejucos y trepadoras que, tendidos de árbol a árbol, impiden el paso.

Así que, varias horas después, Colacho se había rasgado la piel con unos bejucos de tallo muy afilado, había trabajado mucho para cortar maleza y había eludido toda clase de espinas pero había avanzado muy poco.

En un intento por aligerar la marcha, se apartó de la ribera y empezó a caminar selva adentro. Allí es más cómodo caminar porque la sombra de árboles milenarios impide que crezca demasiada maleza, pero es más fácil perder el rumbo.

Sin embargo, a Colacho le pareció imposible que él, un muchacho criado en la selva, fuera a extraviarse. Tantas caminatas acompañado de su padre debían servirle para tener una buena orientación y acortar camino.

Por un buen rato avanzó con paso firme. Marcaba con el cuchillo los troncos de los árboles junto a los cuales iba cruzando para no pasar dos veces por el mismo lugar. Creía haber recorrido buena parte del camino cuando cayó sobre su frente la primera gota de lluvia.

Revisó el cielo en busca de una explicación para el repentino cambio de clima pero no encontró razones, solo vio una mancha de nubes muy densa sostenida más por la fuerza de los árboles que por la capacidad propia para flotar en el cielo.

Con la lluvia vino la oscuridad. Las tinieblas se pegaron con fuerza a los árboles, hicieron imposible orientarse y convirtieron la selva en una caja repleta de sonidos extraños.

Empapado y después de reflexionar un rato, Colacho decidió que lo mejor era buscar la orilla del Yaré para guarecerse y pasar la noche en un lugar seguro.

Sin embargo, no era fácil. El ruido de la lluvia apagaba el rumor del río y, en la oscuridad, Colacho no encontraba ninguna otra manera de orientarse para buscar la playa. Insistió avanzando hacia donde su intuición lo impulsaba pero, pasado un buen rato, descubrió que estaba dando vueltas en redondo.

Se había perdido y, para mayor complicación, la tormenta arreciaba. El viento empezó a sacudir las copas de los árboles y a hacer volar toda clase de hojas. La selva se estremecía, los relámpagos agrietaban por instantes la oscuridad y parecía como si el mundo se hubiera enfurecido y se necesitara mucha, mucha lluvia para que se calmara.

VII

A pesar de la tempestad, Colacho no se dio por vencido. Revisaba con cuidado las marcas que había dejado durante el día e intentó orientarse y proseguir la búsqueda de la ribera del Yaré. Sin embargo, la buena voluntad y el tesón no fueron suficientes para proseguir. La selva empezó a inundarse y ya no hubo otra opción que buscar un lugar donde refugiarse.

Con los ojos casi cerrados porque el agua que resbalaba por su cara le impedía abrirlos por completo vio un lugar donde dos inmensos cedros crecían juntos. Era tan frondoso el ramaje que la lluvia no lograba pasar y alrededor de los troncos la tierra estaba seca.

Seguro de que no encontraría un lugar mejor, decidió acampar allí. Buscó una rama y con ella empezó a mover las hojas que cubrían el suelo limpio que

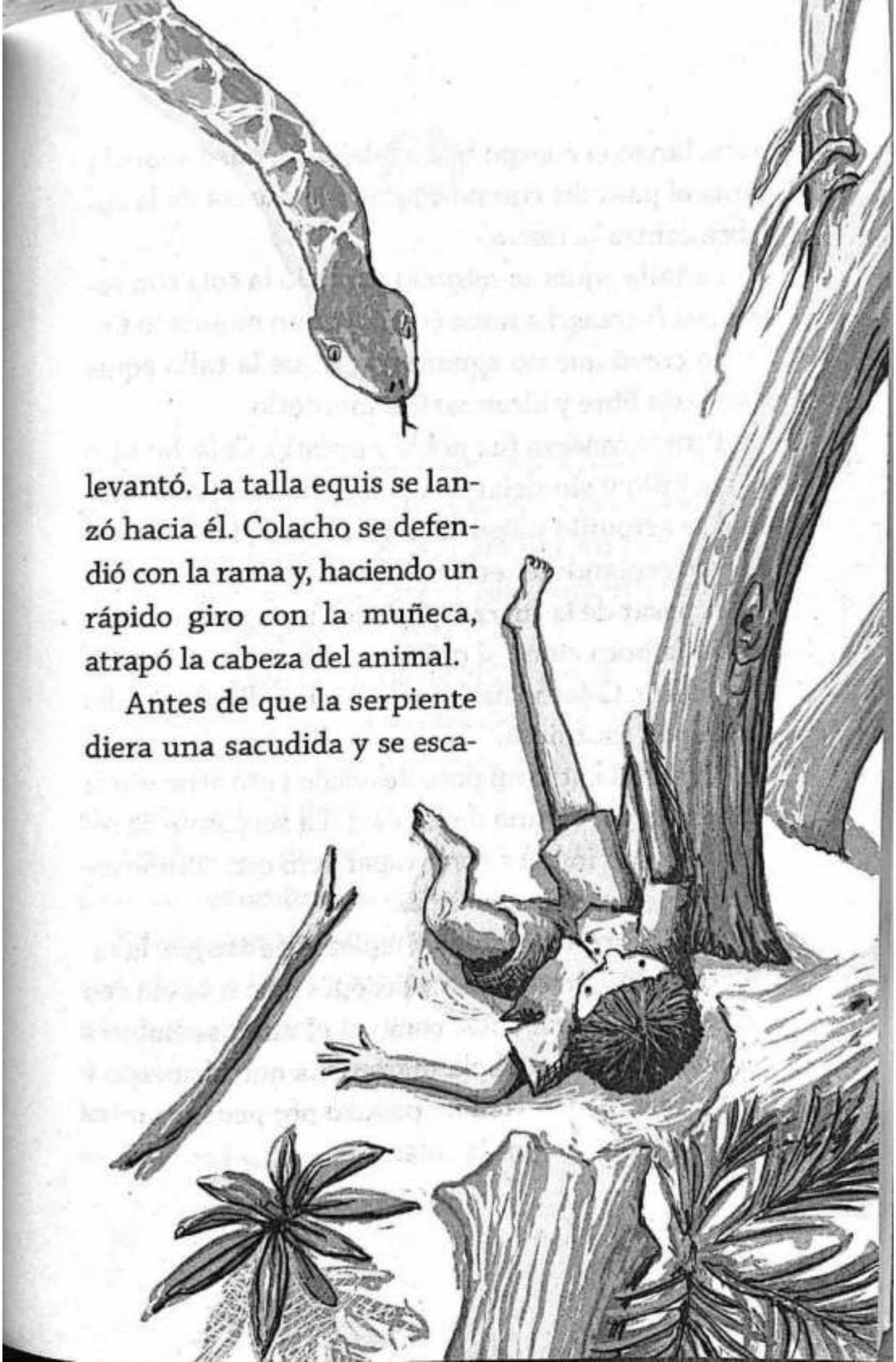
había entre los dos cedros. Quería evitar encontrarse con hormigas o escorpiones.

Terminaba la limpieza cuando la pierna derecha se le hundió en la tierra. Iba a maldecir, pero un movimiento en el fondo del agujero lo alertó. Sacó el pie a toda prisa y, una vez el último dedo estuvo fuera, vio unas mandíbulas furiosas salir del mismo agujero y las vio batirse en el aire e intentar morderlo.

Era una talla equis, la serpiente más venenosa de la región. Había pisado su nido y en aquel momento la tenía enfrente, agitándose, resuelta a atacarlo y sin posibilidades de huir porque el traspiés lo había hecho resbalar y había quedado atrapado entre los dos árboles y la serpiente.

Probó a quedarse inmóvil para tranquilizar al animal, pero la talla equis estaba furiosa y se preparó para el ataque. El animal fijaba la mirada en Colacho y hacía vibrar la carne alargada de su cuerpo. Colacho supo que no alcanzaría a levantarse para huir y que lo único que le quedaba era pelear.

El instinto empezó a trabajar a una velocidad vertiginosa. Vio que la rama que estaba usando para limpiar el lugar terminaba en forma de horqueta y la



levantó. La talla equis se lanzó hacia él. Colacho se defendió con la rama y, haciendo un rápido giro con la muñeca, atrapó la cabeza del animal.

Antes de que la serpiente diera una sacudida y se esca-

para, lanzó el cuerpo hacia adelante, puso sobre la rama el peso del cuerpo y apretó la cabeza de la culebra contra la tierra.

La talla equis se retorció y movió la cola con todas sus fuerzas. La rama crujió. Por un momento Colacho creyó que no aguantaría y que la talla equis quedaría libre y alcanzaría a morderlo.

Pero la madera fue noble y resistió. Colacho sacó el cuchillo y sin dejar de apretar la cabeza del animal se arrodilló y alzó el brazo dejando la punta del acero resplandecer en la noche.

A pesar de la fuerza que la oprimía, la serpiente abrió la boca como si quisiera gritar que presentía la muerte. Colacho bajó la mano y hundió el cuchillo en la piel escamosa.

El metal entró un poco desviado pero atravesó la cabeza cerca de uno de los ojos. La serpiente se retorció en un intento por escapar pero este último esfuerzo le agotó las energías.

Con los ojos brotados y repletos de sangre, la talla equis dio un coletazo y después dejó ir la vida en pequeños retortijones, como si el alma se hubiera convertido en una bola más ancha que el cuerpo y lo estuviera recorriendo, pedazo por pedazo, antes de abandonarlo por la cola.

VIII

Colacho durmió toda la noche bajo el mismo árbol contra el cual lo acorraló la talla equis, pasado el susto no había tenido fuerzas para dar un paso más, se había echado en la tierra y solo despertó cuando alguien lo sacudió.

—¿Qué hace tan lejos de El Refugio?

Al ver la sonrisa sin dientes del hombre que le hablaba, Colacho se olvidó de responder el saludo y se abrazó al recién llegado.

Era Silvino, un indio guahibo que estaba en una de sus acostumbradas jornadas de caza.

Silvino era un hombre de carácter aventurero que, al cumplir los catorce años de edad, había salido de su caserío para recorrer el mundo. Después de caminar por Casanare, Arauca y el Vichada, había tomado rumbo al sur y había entrado en la selva amazónica.

De tanto ir y venir, una tarde llegó a El Refugio y se quedó trabajando para el Viejo Miguel. Fue un magnífico peón. A su lado el Viejo mejoró la cabaña, sembró el conuco y construyó el quiosco. Silvino le enseñó al Viejo Miguel a cazar, a pescar y a sembrar antes de que entraran las lluvias.

Le enseñó a cosechar la yuca brava, a sacarle el jugo amargo, a convertirla en mañoco y a hacer con él unas tortas grandes llamadas cazabe. Ambos alimentos, muy apreciados en la selva porque soportan la humedad, se conservan libres de hongos, son ligeros y fáciles de transportar y, una vez hidratados, con un pequeño puñado de mañoco o con un pedazo de cazabe se alivia el hambre de cualquier hombre.

Durmiendo siempre en chinchorros o hamacas de palma que él mismo fabricaba, Silvino acompañó al Viejo Miguel durante los primeros años de colonización y estuvo a su lado el día del nacimiento de Colacho y, dos años después, cuando una infección desbordada causó la muerte de Ángela.

La soledad y la tristeza compartidas reforzaron la amistad entre colono e indígena y Silvino decidió

acompañar al Viejo Miguel mientras Colacho se hacía fuerte.

Pero, un día, el indio empezó a echar de menos su tierra y a sentir que en su pecho crecía la idea de volver a su llanura y a su tribu. Ya tenía decidida la fecha del regreso cuando en una de sus cacerías fue atacado por un tigrillo y tuvo que refugiarse en un caserío de la tribu koreguaje.

Allí conoció a Carmen. Mientras le sanaban las heridas supo por la sonrisa de ella que instalarse y convivir con una mujer es una forma de regresar al lugar donde nacimos.

Enamorado, le propuso matrimonio. Ella aceptó. Así que Silvino sí se marchó, pero no para su llanura que tanto le hacía falta, sino para el caserío donde vivía Carmen. Y en aquel momento era un feliz y respetado indio koreguaje.

—¿Dónde esta el Viejo Miguel?

Colacho dudó antes de contestar. Silvino, que lo conocía bien, entendió que algo no estaba en orden y que debía dar tiempo al muchacho para que armara el rompecabezas de ideas y sentimientos que llevaba dentro.

Con disimulo, revisó el lugar. Al ver el cuerpo de la talla equis, la hendidura en la cabeza del animal y el cuchillo de Colacho tirado a un lado, supo lo que había ocurrido.

—Estuvo de buenas —dijo Silvino mientras recogía el cuchillo, lo limpiaba y se lo entregaba a Colacho.

Colacho recibió el metal y se sentó en la tierra húmeda.

—Hasta las culebras venenosas se hacen matar por sus crías, pero mi papá no entiende cuánto quiero a Mapaná.

Silvino recibió la frase como un viento frío y se acomodó junto al cedro en una posición que indicó a Colacho que estaba dispuesto a escucharle.

Colacho aprovechó la actitud de Silvino para desahogar todo la frustración y la rabia que tenía. Mientras escuchaba, Silvino sacó de su bolsa mañoco y panela y empezó a mezclarlos. La voz de Colacho seguía con su narración llena de protestas mientras el indio mojaba la ración de alimento con agua de lluvia y preparaba una masa de aspecto bastante desagradable.

—Coma algo y en la casa hablamos con calma —dijo Silvino alcanzándole el mañoco.

Colacho no dijo nada, pero por la forma en que empezó a comer, Silvino supo que había aceptado la invitación.

—Vamos —dijo Colacho cuando pasó el último bocado.

El indio emprendió la marcha. Colacho apenas pudo seguirlo. Mientras caminaba vio la espalda ancha de Silvino, su manera ágil y segura de caminar por la selva y recordó al Viejo Miguel; recordó que lo estaba desobedeciendo.



IX

Atravesaron un tramo de maleza, saltaron varios árboles caídos y, mucho antes de lo que Colacho calculaba, vio al sol chorrear su brillo sobre un conjunto de techos de palma. Le costó trabajo creerlo. Había dormido mal y había soportado lluvia toda la noche estando apenas a trescientos metros del caserío indígena.

Quiso maldecir su torpeza para andar por la selva, pero le ganó la sensación de felicidad que embarga a los colonos cuando pisan un caserío indígena. Para ellos, que conocen no solo el encanto de la Amazonía sino también sus leyes sanguinarias, un poblado indígena es un respiro de alegría entre una selva que no pierde ocasión para recordarles que son unos intrusos.

Los cobertizos de palma, las estructuras de madera retorcida y la forma respetuosa en que las caba-

ñas se asientan en la tierra, transmiten una sensación de reposo. Están los niños descalzos corriendo confiados en ese mundo plagado de animales ponzoñosos. Y están las mujeres, tanto las viejas como las jóvenes, que siempre tienen algo que comentar entre sí y que siempre terminan riéndose y murmurando de un modo soterrado sobre algún gesto o alguna característica del visitante.

Silvino entró a la maloca y se acercó a Carmen.

—Dele comida.

La mujer se movió con presteza y en menos de cinco minutos Colacho encontró servido el complemento del desayuno que había empezado en la maleza.

Varios niños reían de la forma precipitada en que tragaba. Se sintió incómodo, pero el hambre no le daba tiempo para actitudes orgullosas. Sin preocuparse por las burlas, despedazó y engulló el trozo de cazabe y el pescado que le habían servido.

Después quiso reposar en un chinchorro pero no pudo hacerlo. Tenía demasiadas confusiones recorriéndole la cabeza y no sabía bien cómo sortear la inevitable charla con Silvino. Le preocupaba que el hombre hubiera aplazado la jornada de caza para

saber qué decisión tomaba él, respecto a la búsqueda de Mapaná.

Cuando sintió que el estómago y la cabeza poseían fuerzas suficientes para afrontar la conversación buscó a Silvino. El indio daba forma a un madero para hacer un columpio a su último hijo.

—Es un hombre de cara quemada, le dicen El Tizón —dijo Colacho porque no encontró otra forma de empezar la conversación.

Silvino continuó su trabajo como si no escuchara nada. No le agradaba estar en medio de una pelea de Colacho con el Viejo Miguel.

—Viajan en una lancha de motor, una voladora anaranjada —añadió el muchacho.

Silvino hizo una mueca, pero siguió callado. Sin embargo, Colacho notó el gesto.

—¡Ayúdeme, Silvino! Solo quiero recuperar a Mapaná.

—Es gente peligrosa.

—Entonces ¿sabe dónde están?

Silvino calló.

—Dígame dónde es, si quiere acompáñeme. Recupero a Mapaná y vuelvo a El Refugio.

—No voy a llevarle la contraria al Viejo Miguel.

—Aunque no me digan en dónde acampan, voy a seguir buscándolos, yo no tengo miedo.

Silvino recogió el madero en el que trabajaba y se dirigió al otro extremo del caserío. Colacho entendió que lo había ofendido y corrió detrás de él.

—Excúseme, Silvino. No quería faltarle al respeto.

El indio lo examinó con una mirada minuciosa y lenta.

—No sea desobediente, Colacho; el Viejo Miguel no se merece que usted se comporte así.

—Que mi papá no entienda cuánto quiero a Mapaná, no es mi culpa.

—Su papá sabe muy bien lo que hace.

—Si lo supiera, entendería mis sentimientos.

Silvino se impacientó.

—Solo puedo ayudarle a regresar a El Refugio —dijo.

—No quiero volver a la casa. ¡Quiero ir a buscar a Mapaná!

Molesto, Silvino decidió pasar al ataque.

—Si quiere seguir con su capricho, siga solo.

Colacho sintió la misma rabia que había sentido frente a su padre.

—Voy a cazar. Descanse y esta noche hablamos —añadió el indio.

Colacho entendió que si dejaba ir a Silvino perdería la única pista que tenía.

—Está bien, volvamos a El Refugio —dijo. El indio se volvió a mirarlo.

—Entonces, vamos.

—¿Ya? —preguntó Colacho.

—Sí, de una vez. Pensaba cazar río arriba, pero a lo mejor convenzo al Viejo Miguel y buscamos algo juntos en los alrededores de El Refugio.

—Bueno —dijo Colacho porque no encontró nada más que decir.

Como solía hacer cada vez que decidía algo, Silvino se levantó, dirigió una mueca de despedida a su esposa y emprendió su camino.

A Colacho solo le quedó seguirlo.

X

Mientras iban hacia el río, Colacho se preguntaba si existía algún método para sacarle información a Silvino.

—El Viejo Miguel se va a poner feliz de verlo —dijo el indígena.

Colacho no contestó pero apresuró el paso. El camino tomó una curva, se hizo ancho y por entre la espesura entró una cantidad de sol capaz de alegrar un instante la marcha.

Llegaron a la playa. Amarrada a un árbol estaba la canoa de Silvino. Colacho revisó la corriente tratando de hallar en las aguas una idea que sirviera para ganar tiempo, pero el río, indiferente, siguió arrastrando la basura de la selva con su tradicional desgana.

—¿Todavía están las palmas de ceje en el claro?

—Sí, ¿quién se las va a llevar?

—Voy a buscar un racimo. De pronto, al entregárselo, mi papá me rebaja la paliza.

El ceje es una palma que produce unos frutos redondos de piel marrón que parecen cocos pequeños. Partiendo estos cocos y macerando su pulpa, los colonos hacen una bebida embriagante que anima las escasas fiestas de la región.

Silvino vio al joven dirigirse a las palmeras y sonrió tranquilo, creyó que había entendido lo que acababa de decirle y estaba entrando en razón.

Al llegar junto a las palmas Colacho se dio cuenta de que estaban más altas de lo que había imaginado. Antes de subirse a una de ellas, revisó el suelo, si había algún racimo caído, se evitaría el esfuerzo de trepar.

Tuvo suerte, un par de pasos adelante yacía un racimo de ceje con frutos maduros y de buen tamaño. Lo alzaba para cargarlo en el hombro cuando notó que los frutos no habían caído por su propio peso sino que alguien los había cortado con un machete.

Colacho se sorprendió; los indígenas no se toman la molestia de escalar una palmera para dejar tirado el producto de su esfuerzo. Aquella no era zona

de colonos y el corte que tenía el racimo le indicaba que por allí merodeaban hombres blancos.

Revisó los alrededores del lugar y no tardó en confirmar su sospecha, unos metros más adelante tropezó con un camino amplio y muy bien hecho.

—¡Colacho! —gritó Silvino.

—¿A dónde lleva este camino? —preguntó Colacho.

—Es una trocha abandonada, la abrió una petrolera.

—Qué raro, nunca había oído hablar de petroleras por aquí.

Ante las palabras de Colacho, Silvino se ruborizó y él supo que el indio le estaba mintiendo.

—Me gustaría saber adónde conduce —dijo mientras caminaba por la trocha.

Silvino quiso interponerse, pero pensó que dejándolo inspeccionar Colacho se tranquilizaría. Mientras el joven se alejaba, el indígena revisó las palmas de ceje; le habían entrado ganas de secundar el ejemplo de Colacho y bajar un racimo.

Colacho encontró un camino limpio y bien hecho. No sabía por qué, pero cuanto más caminaba más sospechoso le parecía todo.

—¡Colacho, nos vamos! —gritó el indio cuando un golpe sobre el suelo le confirmó que tendría ceje para pegarse una buena borrachera.

Colacho, que había avanzado doscientos metros sin tropezar con alguna prueba que confirmara sus sospechas, pensó que tal vez era verdad lo que decía Silvino y aquella trocha era solo una de esas trochas inexplicables que ahora abundan en la selva.

Iba a regresar cuando notó entre la maleza un montón de ramas demasiado bien puestas como para formar parte del paisaje. Movido por un presentimiento, Colacho empezó a retirar las ramas. Cuando descubrió lo que camuflaban una sensación de angustia le recorrió todo el cuerpo.

Allí, a un lado del camino, estaba la lancha en la que viajaban El Tizón y sus hombres y, tirada a su lado, estaba la canasta que él había tejido para que Mapaná lo acompañara y durmiera en las noches.

XI

No sabía cómo reaccionar. ¿Debía hablar con Silvino para convencerlo de que lo acompañara a recuperar a Mapaná o huiría para evitar que el indio se interpusiera en su camino?

—Apúrele, Colacho, nos va a coger la noche —dijo el indígena antes de llegar junto al niño y tropezar con la lancha.

—¡Están cerca de aquí!

A pesar de la evidencia, Silvino intentó negarlo.

—No, aquí desembarcan, pero están muy lejos, monte adentro.

—Vamos, Silvino, ¡por favor!

—No, Colacho, es gente peligrosa.

—Entonces voy solo.

Silvino se sintió incómodo, quería demasiado a aquel muchacho y no entendía por qué la vida los en-

frentaba. Verlo tembloroso y casi llorando de rabia le indicó que su deber era conducirlo a El Refugio. Aunque tuviera que amarrarlo, iba a impedir que cometiera más imprudencias.

—Tranquilo, Colacho. No tenemos por qué pelearnos —dijo con lentitud.

Colacho dudó, pero se sintió incapaz de desafiar a Silvino.

—Hagamos un trato, vamos por el Viejo Miguel y lo convencemos de ir en busca de Mapaná.

—No, Silvino. Cuando estemos en casa, ya será demasiado tarde.

—No sea tan terco.

—¿Me acompaña o no me acompaña? —preguntó Colacho dando un paso adelante.

Silvino entendió que Colacho no retrocedería. Entonces, dio un salto y lo agarró de un brazo.

—No voy a permitir que siga haciendo pendejadas.

Las palabras de Silvino y la velocidad con la que reaccionó le hicieron entender a Colacho que el indio había perdido la paciencia.

—Está bien, busquemos a mi papá —dijo Colacho como si de súbito se hubiera vuelto razonable.

Pero Silvino, que conocía el carácter del muchacho, se aseguró de no perderlo. Poniéndose a espaldas de Colacho lo empujó para que caminara y no se alejó de su lado ni siquiera mientras recogían los racimos de ceje y continuaban la ruta hacia la playa.

—Ayúdeme a soltar la canoa —dijo Silvino.

Colacho obedeció con la esperanza de aprovechar algún descuido de Silvino para escapar, pero era imposible evadirse porque el indígena vigilaba cada uno de sus movimientos.

Acomodados los racimos, empujaron la embarcación dentro del agua y se montaron en ella. Silvino agarró el remo y dio impulso a la pequeña nave.

—¿Le ayudo a remar? —preguntó Colacho.

Silvino lo notó nervioso y pensó que tal vez remando se calmaría. Al ver la confianza con la que Silvino le entregaba el remo, Colacho se acercó más al indio, se puso muy cerca de él y, con un movimiento rápido, lo empujó.

Una vez lo vio caer al agua, giró sobre sí mismo y se lanzó al río por el otro lado de la canoa. Esta vez Silvino tenía que escoger: lo perseguía a él o, salvaba la embarcación. Colacho estaba seguro de que el

sentido práctico y la necesidad inclinarían al indígena por la canoa, así que nadó con todas sus fuerzas hacia la orilla. No podía ni parpadear si quería aprovechar aquella oportunidad de fugarse.

XII

Colacho no perdió tiempo mirando cómo se las arreglaba Silvino para atrapar la canoa. Una vez pisó la arena, echó a correr. Sabía que salvados el remo y la embarcación, el indio iría furioso a buscarlo y no tenía la menor intención de que aquello ocurriera.

La trocha le ayudó en la huida, estaba limpia y era lo suficientemente ancha como para que sus pies desarrollaran toda su velocidad. Un rato después, miró hacia atrás y no vio a nadie y como el aire empezó a hacerle falta, decidió bajar el ritmo y descansar. Además, estaba dejando rastro y era seguro que mientras Silvino encontrara huellas no dejaría de perseguirlo.

Debía salirse del camino, borrar las pisadas, esconderse y vigilar para saber si el indígena seguía detrás de él o había decidido ir en busca del Viejo Miguel. Buscaba acomodarse detrás de un guayacán,

cuando escuchó los pasos de Silvino y se aterró de la poca ventaja que había logrado sacarle.

Sin embargo, Silvino iba cansado y respirando con dificultad. Colacho lo vio pasar y pensó que el indio, al encontrar borrado el rastro, confirmaría la firmeza de sus propósitos y llegaría a la conclusión de que lo correcto era ir en busca del Viejo Miguel.

Fue un buen cálculo. Transcurrida una media hora, Silvino pasó en dirección opuesta. Iba defraudado y caminaba mirando a todas partes sin decidirse aún a emprender la ruta hacia El Refugio.

Colacho lo dejó marcharse y esperó otro rato para salir del escondite. Cuando el corazón y la distancia le dijeron que estaba solo en la espesura se sintió feliz. Esta vez nadie podría detenerlo, reemprendía la marcha con la certeza de estar muy cerca del lugar donde estaba Mapaná.



XIII

La trocha resultó ser más larga de lo esperado. Mientras la recorría, Colacho se preguntaba a quién le interesaba esconderse tan hondo en la espesura. Tal vez allí había más animales que atrapar, pero aun así le parecía excesivo construir y mantener limpio aquel camino solo para cazar animales.

Hacia el mediodía, tropezó con el cadáver de un tapir. El cuerpo, inflado, yacía a un lado del camino y era destrozado por la hormigas. Ver a los pequeños animales acabar con la carne podrida le recordó el cuerpo de la talla equis muerta y trajo a la mente de Colacho un pensamiento que le amargó la marcha.

¿Y sí habían dejado tirada la canasta porque Mapaná estaba muerta? Al principio solo fue una pequeña duda, pero un rato después la imaginación se le desbocó y se arrepintió de haber corrido para deshacerse de Silvino.

Tendría que haber sido más prudente y revisar con cuidado el sitio donde estaba oculta la lancha. Si hubiera pensado lo que significaba aquella canasta abandonada se habría evitado varias horas de caminata y de esfuerzos inútiles.

Caminar con la fe perdida lo fatigó. Regresaron el cansancio y el hambre y la cabeza se le convirtió en un dolor redondo y pesado que le aplastaba el cuello.

Debía reposar un rato para aclarar la confusión. Unos pasos adelante vio un higuerón que dejaba fuera de la tierra una porción de sus raíces formando con ellas unos brazos rugosos y fuertes.

Después de limpiar con cuidado el lugar para evitar más sorpresas, reposó allí. Al contacto de su cuerpo con el suelo húmedo el calor disminuyó. Colacho respiró hondo, alzó la mirada y buscó en el cielo la razón de tantas complicaciones.

El azul de la tarde estaba claro y brillante, pero las nubes pasaban sin mirar si alguien sufría allá abajo. Molesto porque el cielo le pareció igual de arrogante que el río, cerró los ojos y sintió como si las raíces del higuerón lo arrullaran para verlo descansar y para llenarle el cuerpo de sueños.

Al comienzo fue un sueño claro. Sentía el aire correr por entre árboles translúcidos. El susurro que producía el viento al pasar por entre las hojas era como el sonido de millones de arroyos. Colacho jugueteaba entre los árboles con Mapaná y con un grupo de culebras pequeñas que, sin que nadie se lo hubiera dicho, sabía que eran hijas de su mascota.

La carrera era una levitación y transcurría sin prisas porque en aquel lugar el sol calentaba sin premura y alumbraba con alegría las copas de los árboles. Sin embargo, la placidez se fue acabando. Colacho oyó las palabras que El Tizón usó para saludar a su padre y vio su rostro quemado aparecer detrás de una palmera.

Las imágenes se volvieron frenéticas y los recuerdos se fueron enredando. La cabeza se le llenó de cantos extraños. Trató de alejarse de El Tizón pero tropezó y cayó al raudal de Sikuane. Papagayos gigantes se tiraban en picado sobre el río y lo alzaban con sus picos para después arrojarlo de nuevo entre la espuma que formaba el agua.

Colacho manoteaba en un intento por flotar y encontraba un madero al cual asirse. Iba llegando a la orilla, pero la rama se convertía en una serpien-

te que empezaba a estremecerse y que lo empujaba hacia el fondo del río. Intentaba soltarse, pero la serpiente lo apretaba con firmeza mientras empezaba a convertirse en El Tizón.

Colacho gritaba muy fuerte a pesar de estar dentro del río, pero nadie le ayudaba. Entonces el agua se convertía en sangre y se le colaba en los pulmones. Se estaba ahogando y, a pesar de estar desfalleciente, volvía a oír los pájaros con sus voces ensordecedoras. Sikuane se llenaba de serpientes que lo atacaban y él iba muriendo mientras oía que Mapaná empezaba a llorar como si fuera el hermano que su madre jamás pudo darle.

XIV

Si Colacho hubiera podido verse mientras soñaba, habría grabado en la memoria la imagen de un cuerpo retorciéndose con movimientos lentos y espasmódicos en el suelo. Los brazos arañaban las raíces del higuerón y de sus labios escapaban unos gemidos que parecían salidos de la espesura y no de la boca fina y bien trazada de un adolescente.

Una manada de monos pasó por el lugar haciendo un estruendo enorme. Colacho despertó, pero el cansancio que lo había llevado a dormir no había desaparecido. Sentía los músculos tensos, estaba empapado de sudor y conservaba la sensación de usar una cabeza ajena.

Sin embargo, se alegró de despertar porque nunca en su vida había soñado con imágenes tan espantosas. A pesar de que no había perdido la arrogancia

y la indiferencia, el cielo era mejor compañía que las pesadillas.

Alzó la cara. Frente a él, el sendero seguía insertándose en la selva. Colacho recordó que podría estar muy cerca de Mapaná e intentó levantarse, pero la falta de alimento, la fatiga y el mareo fueron más fuertes que el deseo de recuperar a su mascota.

Ya estaba casi erguido cuando perdió el equilibrio y, al caer, se golpeó contra el tronco del árbol que lo había acogido con tanta amabilidad. Quedaba claro que, si quería levantarse, debía hacerlo con lentitud y cautela.

Apoyó las manos en el suelo y se sentó junto al tronco al árbol. Cerró los ojos un momento y pidió a Dios un poco de ayuda. Ya más relajado respiró hondo, se agarró de una rama y se puso en pie. Como el mareo no cesaba decidió buscar una fuente de agua. Necesitaba mojarse la cabeza; lavarse la cara y los pies para relajarse y pensar con claridad.

No fue complicado encontrar un riachuelo. La lluvia de la noche anterior había alimentado los arroyos, que rugían con su acostumbrada voz de dueños de la selva.

Colacho siguió el rumor del agua, llegó junto a un riachuelo. No era grande pero sí hermoso. Justo en el paraje donde estaba, varias piedras se unían formando un pequeño desnivel y una cascada. La corriente dejaba caer las aguas cristalinas sobre un pozo al que la luz del atardecer iluminaba con destellos color esmeralda.

Sintió deseos de bañarse. Nada mejor para aliviar el espíritu después de una tarde complicada que un chapuzón en uno de aquellos riachuelos de la selva. Abandonó las prisas. Se desnudó, se acercó al pozo y, con un presentimiento delicioso en la piel, metió la cabeza en el arroyo.

Sin embargo, no alcanzó a disfrutar esa sensación de claridad que le irrigaba el cuerpo siempre que sumergía la cabeza en un río. Tuvo que salir de inmediato porque el agua olía mal, tenía un sabor astringente y alcanzó a irritarle los ojos.

Alguien había usado aquel arroyo para descargar desperdicios químicos. Pensaba que nadie tenía derecho a ensuciar de ese modo los ríos y se sintió muy enojado.

Sin embargo, también lo embargó la esperanza: si aquel caño llevaba agua contaminada, muy cerca

de allí debía quedar un campamento clandestino y era posible que en ese campamento estuvieran El Tizón y los compinches. Y si era así, pronto saldría de la duda y sabría si Mapaná seguía con vida.

XV

A pesar de la irritación en los ojos, mojarse lo refrescó un poco y le dio fuerzas para continuar la búsqueda de Mapaná. Más adelante, confirmó sus sospechas sobre la existencia de un campamento porque empezaron a aparecer bolsas de plástico, cajas vacías de cerillas, latas de cerveza aplastadas, colillas de cigarrillos, platos desechables, botellas rotas y toda clase de desperdicios.

La expedición tuvo su fin cuando la basura se volvió más abundante y la trocha perdió el embrujo de galería iluminada por una luz verdosa y se convirtió en un claro abierto de manera grotesca en la espesura. El hacha, la motosierra y el machete habían sido usados sin compasión. Las palmeras, los bejucos y las demás plantas estaban derribadas y por todo el terreno se veían árboles quemados, ceniza y hollín.

Solo habían perdonado la vida a los árboles más altos y frondosos porque estos servían de camuflaje al campamento y dificultaban la localización del lugar desde el aire. Tanta destrucción hizo nacer dentro de Colacho un sentimiento de desconfianza y decidió ocultarse. Camuflado tras la maleza siguió avanzando y descubrió las construcciones.

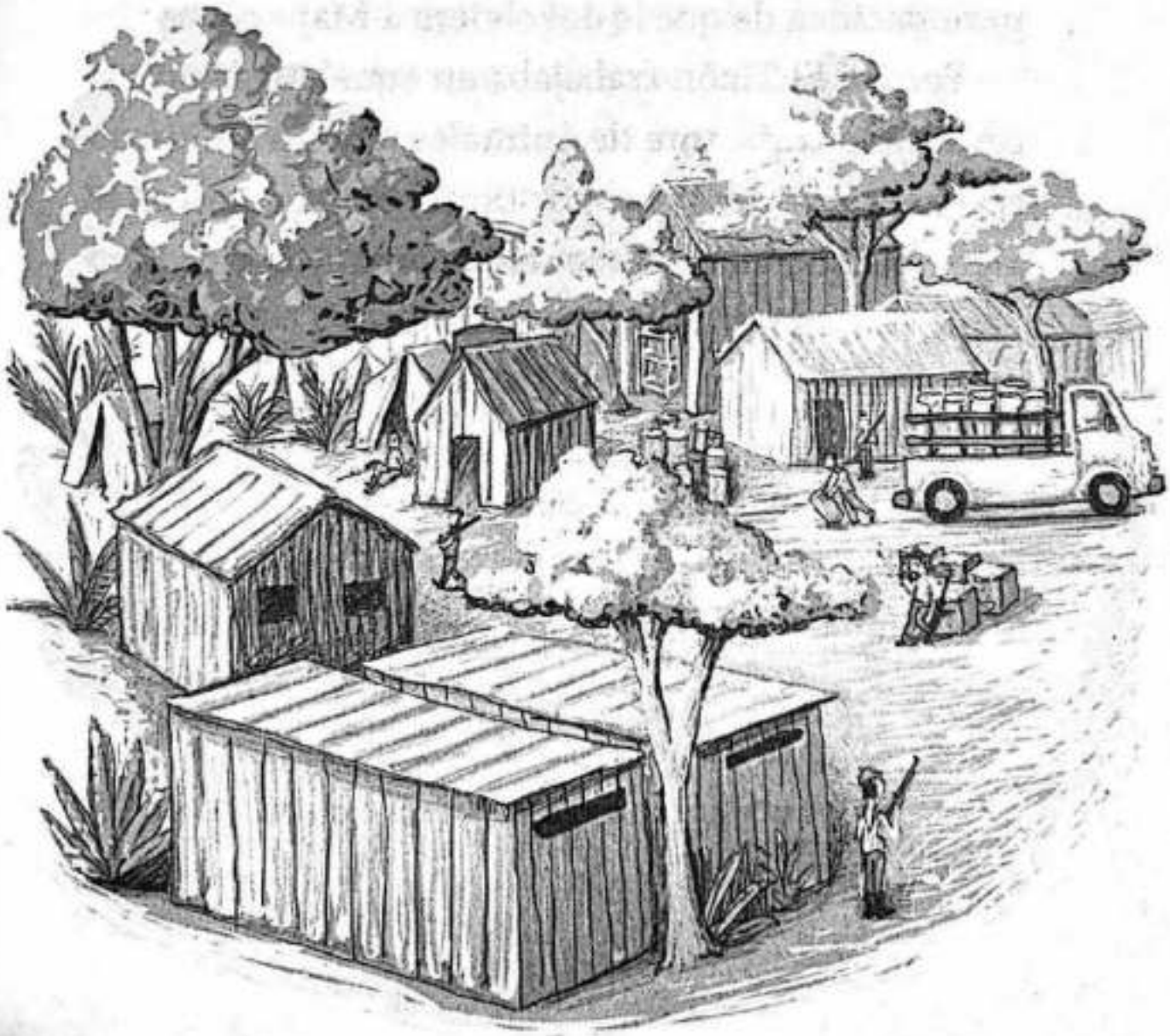
Eran mucho más grandes de lo que había imaginado. A la sombra de los árboles supervivientes se levantaban un quiosco de palma de moriche capaz de albergar a cincuenta personas y tres enramadas tan anchas y largas que en cada una de ellas cabrían doscientos hombres juntos.

En la primera enramada se amontonaban cientos de canecas metálicas de las que se usan para transportar químicos y combustibles. En la segunda había una hilera de recipientes plásticos llenos de líquidos oscuros y de mal olor en los cuales unos hombres semidesnudos vertían una pasta de color marrón.

La tercera enramada albergaba unos mesones largos que soportaban prensas de tornillo y unos cajones metálicos con puertas de vidrio y botones de colores. En un principio, estos cajones desconcertaron a Colacho, pero después de reflexionar un ins-

tante y ver que de ellos salían cables conectados a la planta eléctrica concluyó que eran los hornos. ¡Los microondas!, tan famosos en la selva por su rapidez para secar pasta de coca.

El asentamiento tenía una construcción más. Al final, como cerrando la única calle de aquella fábrica improvisada, había una casa. No era una cabaña normal de la selva, aunque tenía cubierta de palma y paredes de madera, el dueño se había empeñado en



adornarla y había instalado unas ventanas que, además del anjeo usado para impedir la entrada de mosquitos, tenían unos vidrios de color cobre idénticos a los que servían de puerta a los hornos microondas.

Aquel sitio no era un simple campamento de traficantes de animales, o de cultivadores artesanales de coca, era un gigantesco laboratorio para procesar drogas. Al comprenderlo, Colacho se sintió ridículo. Durante el viaje había preparado un sermón con el fin de recitárselo a El Tizón y convencerlo de manera pacífica de que le devolviera a Mapaná.

Pero si El Tizón trabajaba en aquel lugar no era un simple traficante de animales, era un peligroso traficante de drogas y, por tanto, él iba a necesitar algo más que un discurso sentimental y florido para recuperar a la mascota.

XVI

La actividad en el lugar era frenética. Los trabajadores corrían de un lado para otro empujando las canecas, cargando los recipientes con insumos químicos, secando droga en los hornos y prensando y haciendo paquetes que contenían la cocaína.

Al ruido producido por toda aquella actividad, se sumaba el sonido conjunto de varias grabadoras y el traqueteo mecánico que escapaba de la planta eléctrica. Varios guardias vigilaban. Iban apenas vestidos, sin camisa, descalzos, pero bien armados y con cara de pocos amigos.

Como apenas era media tarde, Colacho decidió buscar un sitio donde ocultarse y esperar la llegada de la noche para empezar a buscar a Mapaná. No quería aceptarlo, pero no solo necesitaba descansar y tomar fuerzas, la verdad era que sentía miedo y necesitaba tiempo para poder controlarlo.

El sol se tomó la tarde con calma, pero al fin se ocultó. La noche empezó a serpentear entre la selva, los trabajadores empezaron a reunirse en corrillos para descansar y un gordo, propietario de un par de patillas espesas y de una barriga poblada de vellos blancos, llamó a cenar.

Los trabajadores detuvieron por completo las la-

bores. Una expresión de felicidad se apropió del rostro de todos y, entusiasmados, hicieron fila para recibir su ración. Se notaba que la faena era dura y el alimento más que necesario.

Al verlos tan alegres, Colacho lamentó no poder participar del banquete porque, la verdad, tenía bastante hambre. Para no darle motivos al estómago para que volviera a protestar, quitó la mirada del comedor y volvió a inspeccionar el campamento.

En aquel instante, se abrió la puerta de la cabaña que cerraba el lugar y salió de ella un hombre blanco, de cabeza rapada, nariz como el pico de un loro, ojos azules, cuello fuerte y brazos llenos de tatuajes. Colacho creyó reconocerlo. Afinaba la vista para saber si aquel hombre se había hospedado alguna vez en El Refugio cuando se llevó una sorpresa.

Detrás de aquel extraño personaje, iba El Tizón. Caminaba con el bamboleo que lo caracterizaba, llevaba la misma ropa de dos días atrás y cargaba sobre sus hombros un cajón que debía pesar bastante porque le exigía doblar la espalda y medir con cuidado cada uno de los movimientos.

El hombre de los tatuajes recorrió sin prisa la distancia que lo separaba del comedor. Entró en cada una de las enramadas y revisó el progreso en los trabajos. Contó la cantidad de canecas llenas y de canecas vacías, tocó el motor de la planta eléctrica para saber si estaba más caliente de lo normal, examinó el interior de los hornos y, solo después de asegurarse de que cada cosa estaba en su sitio, se dirigió hacia el comedor.

A pesar del peso que soportaba, El Tizón no se despegó ni un momento del hombre, lo siguió con paciencia y escuchó con atención todas las órdenes y comentarios. Los hombres pasaron justo enfrente de Colacho y este pudo notar que la caja que llevaba y traía El Tizón era una urna de vidrio.

Fruncía los hombros, incapaz de entender la inclinación de hombres como El Tizón a usar crista-

les y otras extravagancias ajenas a la vida de la selva, cuando vislumbró que algo se movía dentro de la urna. Un poco de atención fue suficiente para confirmar su primera sospecha: el ser que restregaba su piel contra el vidrio y que aún no entendía por qué el aire se había vuelto sólido y lo habían encarcelado, era Mapaná.

XVII

Habría gritado de felicidad, pero no eran ni el lugar ni la situación adecuadas y lo único que pudo hacer fue controlar el temblor que le invadía el cuerpo y buscar una manera de acercarse un poco más al comedor para oír lo que hablaban los secuestradores de Mapaná.

Se arrastró entre la maleza, se escondió detrás de unas cañabravas y pudo ver mejor la escena. Los trabajadores cenaban alrededor de un comedor muy parecido al comedor de El Refugio, solo que mucho más largo. La mesa la presidía el extranjero. A su lado comía El Tizón y la urna de cristal que contenía a Mapaná descansaba en medio de los dos hombres.

—¿No dice que el animal está amaestrado? —dijo alguien.

—¡Qué va!, solo bulla de El Tizón —gritó otro.

Al oír el comentario, El Tizón partió un trozo de carne, levantó el vidrio superior de la urna y, con gestos y cuchicheos, le ofreció el alimento a Mapaná.

La culebra dio un salto, pero, en lugar de coger la carne, quiso morder la mano del hombre.

—¡Maldito bicho! —exclamó El Tizón.

Una carcajada de burla resonó por todo el campamento.

—Nooo... jefe, más amaestrada está la madre de El Tizón —dijo el gordo que hacía las veces de cocinero.

—Le voy a perder la fe, Tizón. ¡Esa culebra no sabe ni comer! —dijo el extranjero que presidía la mesa.

—Créame, patrón, no solo jugaba con el muchacho, le obedecía y entendía sus órdenes. Alfredo la vio.

El extranjero buscó a Alfredo.

—Tal vez estábamos muy cansados y nos pareció extraordinario algo común —dijo Alfredo.

—Así al faltón del Alfredo le dé miedo decir lo que vio, esa culebra es especial, se puede vender muy cara —replicó El Tizón.

—No solo está equivocado con la culebra, Tizoncito, sino que además se le olvidó que Míster Seferis ya no vende animales —intervino el gordo.

¿Seferis?, el nombre del dueño del campamento resonó en la cabeza de Colacho. "Pero si Seferis está muerto, lo mataron hace dos años cuando recorría el Amazonas en busca de una variedad especial de monos", pensó Colacho.

Confundido, se frotó los ojos y volvió a mirar hacia el comedor. Allí seguía el hombre, con sus brazos tatuados, interrogando con su mirada a El Tizón. Ya no tuvo duda, aquel hombre era Seferis, un norteamericano de origen griego que durante diez años había traficado con monos, culebras, guacamayos, caimanes y otros animales salvajes y que en un par de ocasiones se había detenido en El Refugio.

Un gesto de frustración apareció en la cara de Colacho. Seferis tenía fama de sanguinario. No en vano, la mayoría de la gente que habitaba la región se alegró el día que lo dieron por muerto. Solo que no era cierto, estaba vivo, escondido, y enriqueciéndose en aquel campamento inmenso pero bien camuflado en el corazón de la selva.

Asociar a Seferis con Mapaná asustó a Colacho. Sintió un miedo diferente al que lo hizo temblar mientras luchaba con el raudal de Sikuane y distinto al que le produjo el ataque de la talla equis. Sabía bien que los traficantes de droga suelen ser más crueles y más peligrosos que las serpientes venenosas cuando alguien se atreve a pisar el lugar donde tienen la guarida.

XVIII

Entre temeroso y confundido, Colacho se recostó contra las cañas que le servían de escondite. Por primera vez desde que había escapado de El Refugio dedicó una buena parte del tiempo a reflexionar.

Por fin entendía los misterios y temores que habían mostrado el Viejo Miguel y Silvino. No solo corría peligro si intentaba recuperar a Mapaná, si aquellos traficantes se daban cuenta de que conocía el lugar donde tenían la guarida, no iba a encontrar un lugar en toda la selva donde esconderse para que no lo mataran.

Pero no quería resignarse a abandonar la lucha cuando estaba tan cerca de conseguir el objetivo. No podía desfallecer cuando tan solo necesitaba dar unos cuantos pasos para volver a mirar a los ojos a Mapaná y para sentir que existía en este mundo un

ser capaz de comprender sus temores y sus inquietudes.

En el comedor seguían los hombres burlándose de El Tizón y este seguía intentando que Mapaná no lo hiciera quedar en ridículo. Pero Mapaná no cedía y El Tizón era cada vez era más violento. Le gritaba, le sacudía la urna y la hurgaba con un palo.

En respuesta a aquellos ataques, Mapaná se lanzaba a morder cualquier objeto que El Tizón le acercara y mostraba una furia que Colacho jamás le había conocido.

Verla allí, reducida a ser un espectáculo de truhanes, aceleró el corazón de Colacho y la ansiedad de recuperarla volvió a adueñarse de él. Podía haber muchos guardias, podía estar arriesgando la vida, pero no daría marcha atrás, iba a rescatarla.

Quiso saltar de su escondite y lanzarse contra los hombres que abusaban de su mascota, pero dos días de sufrimiento hacen sensato al peor de los imprudentes; así que se contuvo y decidió que había llegado el momento de actuar con la mayor cautela.

Una vez terminada la cena, El Tizón, defraudado por la actitud de Mapaná, se fue a descansar. Seferis,

que también se había desencantado con la serpiente, lo siguió.

—Siga cargando ese bicho que si no lo saca de pobre al menos le saca una hernia —gritó el cocinero gordo cuando El Tizón abandonaba el comedor.

Colacho vio al quemado encaminarse con la urna en el hombro en dirección a la cabaña y vio a Seferis dar las últimas instrucciones a los vigilantes antes de cerrar la puerta.

Los trabajadores tardaron más tiempo en irse a descansar. Unos tragos de licor tomados de sobremesa los habían animado y duraron un buen rato conversando y escuchando música.

Un rato después, el sueño y el cansancio se hicieron más tenaces y los obligaron a buscar reposo en el quiosco donde colgaban las hamacas.

Hacia medianoche, cuando en la enramada solo quedaban un par de hombres que reñían por los restos de una botella de aguardiente, Colacho decidió acercarse a la cabaña.

Bordeó el comedor y caminó agachado por entre las construcciones. Estaba a unos pocos pasos de la entrada de la cabaña cuando aparecieron un par de

guardias. Asustado, se tiró al suelo y, arrastrándose, se escondió detrás de unas canecas.

—Por aquí hay un animal —dijo uno de los vigilantes.

El otro, en lugar de inspeccionar, se burló del que había hablado.

—Deje el miedo, Ramón o, de verdad, se lo va a tragar un tigre.

Colacho, que apenas había logrado evitar que lo vieran, agradeció la pereza del guardia.

—En todo caso, yo no me quedo por aquí. No quiero que me maten por cuidar un negocio ajeno —dijo Ramón mientras se iba.

El otro esbozó una sonrisa y, encendiendo un cigarrillo, se apostó en la entrada de la casa de Seferis.

Pasó un buen rato para que el hombre decidiera ir en busca del acompañante. Cuando al fin se movió, Colacho asomó la cabeza e inspeccionó el campamento. Con todos dormidos parecía más un basurero que una factoría donde se produjera una droga capaz de generar millonarias ganancias.

Salió de entre las canecas y dio el primer paso al descubierto. Un sudor helado lo empapó y aunque sintió que todos los guardias lo estaban viendo, tam-

bién sintió una fuerza que se removía dentro de él y que estaba dispuesta a combatir con cada uno de aquellos guardias.

Dio el segundo paso, si era miedo lo que sentía, iba a dejarlo atrás con cada una de las zancadas que le faltaban para alcanzar la casa.

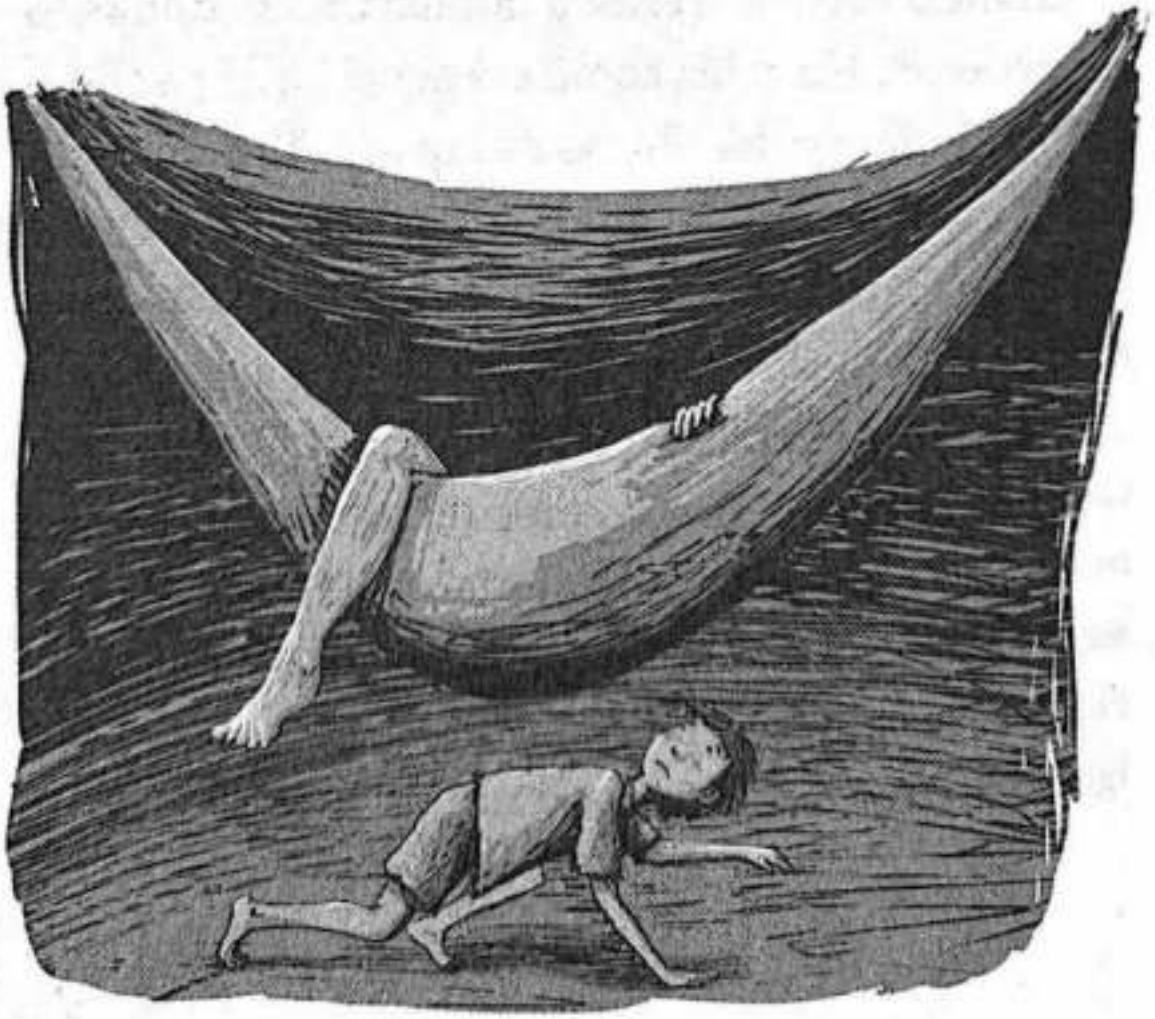
Fue el trayecto más largo de su vida. El gorjeo de un pájaro le hizo imaginar que alguien había gritado a su espalda. Se arrojó al suelo, pero nadie había gritado. Los alrededores de la casa permanecían solos. Volvió a levantarse y caminó hacia la entrada de la cabaña.

Cuando estuvo frente a la puerta, las dudas lo acometieron. No sabía cómo era aquel lugar por dentro ni dónde estaba ubicada Mapaná. Tampoco sabía si, como solían hacer los colonos, El Tizón y Seferis colgaban sus hamacas junto a la entrada. Si era así, podía tropezar con ellos y despertarlos al abrir.

Pero era más peligroso permanecer frente a la casa que entrar. Empujó con cuidado la puerta. Como sospechaba, El Tizón tenía su hamaca atravesada en la entrada. Pasó por debajo de él, mientras el hombre soltaba un ronquido grueso y arrugado igual al cuero de su cuello y su cara.

Dentro de la cabaña, la oscuridad era mayor y estaba llena de sombras. Colacho esforzó los ojos y pudo hacerse una idea del mobiliario. Aparte de las hamacas había una mesa grande, una silla, una estantería llena de artesanías y gran cantidad de cajas con repuestos mecánicos, hornos sin sacar de sus empaques y toda clase de cachivaches. Al fondo, sobre un catre de madera y lona, dormía Seferis.

En cuclillas, Colacho empezó a buscar a Mapaná pero, a pesar de lo reducido del lugar, no la encontraba. La cantidad de objetos amontonados en la cabaña dificultaban la búsqueda. Pensaba que tal vez se



había descuidado y, en algún momento, El Tizón había sacado la serpiente de la casa, cuando un reflejo minúsculo escapó de un rincón.

Tuvo que dar un rodeo, volver a pasar por debajo de la hamaca de El Tizón y volver a sentir demasiado cerca sus ronquidos para saber si el reflejo procedía de la urna donde estaba encerrada Mapaná.

Pero no fue en vano correr aquel riesgo. Allí, debajo de una mesa, se encontraba la urna de vidrio y dentro de la urna, Mapaná. Estaba despierta, con cara de tristeza y con el cuerpo enrollado como si al recogerse de ese modo consiguiera combatir la rabia, la desolación y la angustia que la invadían.

Al verla, Colacho sintió que el corazón se le encogía y, olvidando que la serpiente estaba dentro de una urna de vidrio, estiró la mano y trató de acariciarla, pero solo consiguió tropezar contra el cristal.

Temeroso de haber despertado a alguno de los hombres, revisó la hamaca y el catre. Pero sus enemigos ni se habían movido. Más tranquilo, abrió el cofre, metió la mano y acarició a su mascota como lo hacía cada vez que deseaba que se entorchara en su brazo.

Mapaná comprendió y en lugar de atacarlo, relajó el cuerpo. Colacho sintió el cuerpo frío de la

serpiente enrollarse en el brazo y cuando tuvo la certeza de que Mapaná estaba adherida por completo a él, sacó el brazo, giró el cuerpo y emprendió el camino de vuelta.

No quería volver a pasar debajo de la hamaca de El Tizón, así que buscó otra salida. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo ver que entre la pared y la hamaca había espacio suficiente para pasar e ir hasta la puerta.

Caminó, y se puso feliz porque había calculado bien y pasó sin rozar la hamaca donde dormía El Tizón. Sin embargo, al estirar el brazo para entreabrir la puerta, se enredó con una cuerda. Trató de soltarse y retiró la mano bruscamente sin darse cuenta de que la cuerda ataba una lámpara de gasolina a una de las columnas de la cabaña.

Al ver que la lámpara se movía, Colacho dejó de tirar, pero fue demasiado tarde. La lámpara se balanceó en el aire, abandonó el lugar donde descansaba y buscó el vacío.

Colacho intentó agarrarla, pero no alcanzó a hacerlo. A pesar de la oscuridad, vio cómo la lámpara caía con lentitud, cómo aceleraba la caída al acercarse al suelo y vio y escuchó cómo el cristal que le servía de caperuza estallaba en mil pedazos y sonidos.

XIX

El estruendo fue enorme. El Tizón que, desde la tarde que se había quemado el rostro era un hombre demasiado nervioso, despertó de inmediato. Maldecía y trataba de averiguar qué había ocasionado la caída de la lámpara cuando vio a Colacho salir corriendo con Mapaná enrollada en el brazo.

—¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo!

Los gritos eran fuertes, pero en medio de la selva sonaron sin sentido y, en vez de asustar a Colacho, le dieron ánimos para correr.

Al ver el escaso efecto de los gritos, El Tizón buscó el revólver. Seferis, que apenas se había movido de su catre y todavía no lograba entender lo que ocurría, se confundió aún más con el sonido del primer balazo.

El disparo pasó cerca de Colacho, pero él, inexperto en el oficio de huir en medio de los tiros, siguió

corriendo en línea recta. Así que la segunda bala le silbó en el oído.

Evitó que le atinaran con el tercer disparo porque ya había alcanzado las afueras del campamento y allí tenía mucha más protección que en la pequeña callejuela del lugar.

El Tizón, que no quiso detenerse a dar explicaciones a Seferis, siguió gritando y disparando. Entonces tuvieron sentido los gritos porque los guardias empezaron a aparecer y porque también empezaron a salir del quiosco hombres que obedecían a El Tizón y corrían en todas las direcciones.

El cocinero, que a pesar de su tremenda panza resultó ser un hombre muy hábil, se cruzó sobre la carrera de Colacho. Gracias a la habilidad que tenía para trasegar la selva, Colacho hizo un regate y logró esquivarlo, pero el gordo se quedó con un pedazo de la camiseta que llevaba puesta.

Además, no era fácil huir. El Tizón, los guardias y varios de los trabajadores del laboratorio ya habían emprendido la persecución y cerraban el paso en todas las direcciones. Al sentirse rodeado, Colacho titubeó mientras escogía la mejor ruta a seguir. Este respiro fue suficiente para que el cocinero se le echara encima y lograra agarrarlo por el tobillo.

Por la velocidad que Colacho llevaba y por la fuerza que poseían los brazos del gordo, la sacudida fue violenta. Colacho se fue de bruces y Mapaná, que aún seguía prendida al brazo de su dueño, fue a estrellarse contra el suelo.

—Lo tengo —gritó el hombre.

Mapaná que, al caer, se encontró cara a cara con las patillas del cocinero, decidió ayudar a Colacho y clavó los colmillos en un brazo del grasoso entrometido.

—¡Ayyyyy!

Cuando terminó la queja del cocinero, Mapaná y Colacho habían saltado por encima de la barriga del hombre, habían recuperado la ventaja inicial y empezaban a correr por entre la espesura.

El Tizón y sus hombres no les dieron respiro. Todos sabían que no era bueno que un extraño escapara con vida del lugar. Así que, cada vez que Colacho hacía crujir alguna rama, pisaba hojas secas o movía un bejuco, un disparo cruzaba muy cerca de su cuerpo.

Pero, a medida que Colacho se alejaba del campamento y se perdía en la selva, se hacía más difícil la huida. Un guacamayo voló, asustado por los ruidos y varios disparos le cortaron el vuelo.

El cadáver del animal cayó a los pies de Colacho y le hizo entender que no podía seguir corriendo. Estaban demasiado cerca. La única opción era esconderse.

Alzó la mirada y revisó el lugar, a unos pocos pasos vio un matorral repleto de palmeras y bejucos y decidió ir hasta allí. Tal vez metido entre tanta maleza, lograría burlarlos. Hizo una señal a Mapaná para que lo siguiera, apagó la respiración y empezó a arrastrarse hacia las palmeras.

Pensaba que tenía tiempo suficiente y que aquel sería un buen refugio cuando levantó la mirada y descubrió frente a sus ojos unas piernas oscuras, gruesas y torcidas.

Una sensación de angustia se le apretó en la garganta, le recorrió las venas y le dio un latigazo en el corazón. Cuando salió del susto y pudo aceptar que lo habían descubierto, alzó la cara y vio a El Tizón apuntándole con su pistola.

Colacho bajó la cabeza, a su lado seguía Mapaná. Estaba estirada, quieta y mirándolo fijamente como si de repente hubiera descendido la temperatura y hubiera quedado congelada.

XX

Desde el momento en que descubrió que Colacho se había marchado en busca de su culebra, el Viejo Miguel vagaba por la selva sorteando dificultades y tropezando con toda clase de pistas tristes.

Primero tuvo que caminar varias horas para llegar a la casa de la familia Zuluaga y conseguir una canoa prestada. Después, cuando al fin iba río arriba en busca de su hijo la lluvia lo obligó a detenerse. No paró de llover en toda la noche, así que tuvo que soportar con resignación la incertidumbre y la impotencia que le producía permanecer quieto.

Para completar la angustia, al amanecer, cuando al fin bajó la creciente y pudo continuar la búsqueda, encontró su canoa destrozada muy cerca del raudal de Sikuane. Un poco más arriba encontró el remo partido y el pequeño paquete con provisiones

que reconoció que eran de su hijo por el tazón de aluminio.

Se sentó a llorar en la playa. Al igual que a Colacho, el río le pareció arrogante, el sol le pareció cruel y los ruidos de la selva le parecieron desconsiderados. Entre lágrima y lágrima se arrepintió de su incapacidad para entender los sentimientos de su hijo.

Habría muerto de tristeza si no hubiera alzado la cabeza para examinar el horizonte y en la última curva del río no hubiera visto aparecer a Silvino. El indio, después de recuperar la canoa, bajaba por el río en busca del Viejo Miguel.

Silvino le contó lo ocurrido y le aclaró que, hasta aquella mañana, Colacho estaba vivo. Calmaron los nervios riéndose de la forma en que Colacho había burlado a Silvino y decidieron dejar allí escondida una de las canoas para emprender la búsqueda juntos.

Pero, aunque remaron con firmeza y se movieron con agilidad, no pudieron avanzar con la rapidez que deseaban. La lluvia había aumentado el caudal del Yaré y los obligaba a remar muy fuerte para poder subir a contracorriente.

Además, el camino que servía para esquivar el raudal de Sikuane estaba lleno de lodo y charcos y tuvieron muchos tropiezos para superarlo con la canoa a cuestas.

La noche los sorprendió aún lejos del campamento de Seferis y decidieron buscar un claro donde refugiarse, comer y descansar.

—Hoy no han aparecido los helicópteros —dijo el Viejo Miguel.

—Se habrán cansado de buscar, Seferis sabía muy bien lo que hacía cuando escogió ese lugar —contestó Silvino.

—Ojalá Colacho también se canse, no quiero ni imaginar lo que puede pasar si encuentra ese campamento.

—Tengamos fe, todavía le faltaba un buen trecho —dijo Silvino para tranquilizar al Viejo.

—No sé, ese muchacho es muy terco —replicó el Viejo Miguel.

—Tranquilo hombre, si no se dejó fregar por nosotros, no creo que Colacho se deje coger muy fácil por ellos —añadió Silvino.

—Nosotros no le dispararíamos para evitar que se marchara —insistió el Viejo Miguel.

—Deje los malos augurios, compadre, mejor ayúdeme a apagar la hoguera —dijo Silvino.

El Viejo aceptó la propuesta de Silvino y fue a buscar un poco de agua. Rociaba los maderos cuando sintió varios movimientos a su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó el Viejo.

Silvino no tuvo tiempo de contestarle. El chasquido de un arma le enfrío la sien y las palabras.

—¡Quietos!

El Viejo Miguel sintió miedo, pensó que eran los hombres de Seferis. Cuando alzó la cabeza para ver



quien lo amenazaba y vio al soldado, dejó escapar un suspiro de tranquilidad.

—¿Qué hacen por estos lados? —preguntó un soldado.

El Viejo trató de incorporarse para contestar, pero uno de los militares le dio un culatazo en la espalda.

—Somos colonos —contestó el Viejo a pesar del dolor.

—¿Colonos o narcos? —dijo el teniente que comandaba la patrulla.

—Colonos, ¡campesinos! —añadió el Viejo molesto.

—Amárrenlos. Estos hombres son muy hábiles y pueden escapar en cualquier momento —ordenó el teniente.

Silvino, que hasta entonces había guardado silencio, quiso protestar pero desistió porque los soldados estaban nerviosos. Lo mejor era dejarse atar. Así se tranquilizaría la tropa y podrían explicar la situación.

El Viejo Miguel entendió la actitud de Silvino y bajó los brazos. Mientras la soga le apretaba las muñecas, revisó la cara de niños de los soldados y el

gesto arrogante pero asustado del teniente. Era un hombre inexperto, uno de esos oficiales que andan buscando ascensos rápidos en tierras difíciles.

Así que, pensó el Viejo Miguel, dijeran lo que dijeran, tenían pocas posibilidades de que el militar creyera en sus palabras.

XXI

Colacho amaneció atado a una silla con la misma cuerda que lo enredó y lo había hecho romper la lámpara. A su lado estaba Mapaná, de nuevo en la jaula de vidrio y mirándolo con la misma expresión desolada que tenía cuando entró a rescatarla.

Viéndola allí, se preguntó si era bueno o malo que Seferis, furioso por la imprudencia que había cometido El Tizón al robarse aquella culebra, se hubiera empeñado en interrogarlo y hubiera evitado que El Tizón lo matara junto al matorral donde lo capturó.

No había podido dormir ni un minuto. Cuando El Tizón y Seferis volvieron a acostarse, se puso a forcejear para soltarse mientras Mapaná lo miraba con la cara pegada al vidrio como si entendiera que de esos esfuerzos dependía su última esperanza.

Pero fue inútil, lo único que consiguió fue mostrarle su impotencia a Mapaná y escoriarse la piel

con la soga. Cansado de forcejear, había intentado tumbar la silla para arrastrarse y alcanzar una navaja que había sobre el escritorio, pero un movimiento y un gesto de El Tizón fueron suficientes para indicarle que debía quedarse quieto.

Olvidó los forcejeos e intentó, sin éxito, dormir. Hurgaba con su mirada todos los rincones de la cabaña como si haciendo esto fuera capaz de encontrar una solución. No le gustaba sentir la muerte cerca. El Tizón volvía a roncar y Seferis empezaba a hacer lo mismo y la tranquilidad con la que descansaban los hombres lo convenció de su derrota.

No valía la pena. Una lágrima escapó de sus ojos y, en medio del miedo y de la rabia, el pecho se le convirtió en un caldero en el que se mezclaban y hervían toda clase de frustraciones.

Primero maldijo su mala suerte. Después pensó en su padre, pensó en su madre, pensó en El Refugio, recordó las mañanas, cuando aún era un niño y su padre entraba con la leña y se ponía a jugar con él un buen rato antes de hacer el desayuno.

La vida le pareció injusta, recordó a Dios e intentó rezar, pero las oraciones se le convirtieron en de-

sesperanza y terminó con la cabeza llena de multitud de interrogantes.

¿Por qué el ejército se había decidido a vigilar aquella tarde? ¿Por qué El Tizón estaba pasando junto a su casa justo en el momento en que aparecieron los helicópteros? ¿Por qué él no había sido más prudente y había evitado tentar con su exhibición a aquel hombre de cara quemada? ¿Por qué él, que jamás le había hecho mal a nadie, tenía que estar allí a punto de morir?

Mientras todas esas preguntas daban vueltas por su cabeza, las horas de vida que Colacho había ganado gracias a la rabieta de Seferis se agotaban. Por los agujeros abiertos en las tablas de la cabaña empezaron a colarse los primeros rayos de luz. Era cuestión de minutos antes de que Seferis, El Tizón y los demás trabajadores decidieran levantarse.

Ya no había esperanza. Estaba seguro de que, una vez en pie, Seferis recapacitaría de su intención de contradecir a El Tizón y se daría cuenta de que lo mejor que se podía hacer era rematar a Colacho con un par de tiros.

Volvió a mirar a Mapaná y vio que la culebra, al igual que él, había perdido toda esperanza. Ya no lo

miraba. Se había enroscado en el centro de su cápsula y había decidido que ante lo insoluble del asunto lo mejor era descansar los pocos minutos que le quedaban por vivir.

XXII

El Viejo Miguel y Silvino pasaron varias horas explicando al teniente quiénes eran y por qué andaban por la selva cubriendo su rastro para que no los descubrieran. Al militar la historia le parecía tan forzada que estuvo a punto de hacerlos golpear para que no se burlaran de él.

Sin embargo, la paciencia y el espíritu práctico de Silvino habían conseguido ablandarlo y hacerlo considerar la posibilidad de llegar a un acuerdo para que los liberara.

—Si nos guían hasta el campamento y me demuestran que es cierta su historia sobre ese tal Colacho, los dejo libres —dijo casi a medianoche.

Aunque sabía que no tenía otra opción para proseguir la búsqueda de Colacho, el Viejo Miguel dudó antes de aceptar la propuesta. Si alguno de los traficantes de la región se enteraba de que había ayu-

dado a la tropa a localizar un laboratorio su vida terminaría muy pronto.

—La única manera de sorprenderlos es caminar toda la noche y llegar al campamento antes del amanecer —dijo Silvino, que parecía más decidido que el Viejo Miguel a hacer el trato.

—Me arriesgo con ustedes, pero si descubro que la historia es un engaño les pego un tiro. No los voy a trastear hasta la ciudad para que después los suelte un juez —dijo el teniente que sabía que, a pesar de sus armas y sus hombres, estaba en manos de un par de desconocidos.

Aceptadas las condiciones, emprendieron la marcha. Iba más lenta de lo presupuestado porque los soldados, reclutados en ciudades y poblados, tenían poca experiencia en ese tipo de terreno.

Cada vez que se detenían para permitir que los soldados los alcanzaran, el Viejo Miguel miraba al militar que comandaba la patrulla y sentía desconcierto de verlo sudando dentro de su estrecho uniforme mientras gritaba a sus hombres. No entendía esa vida. Le parecía insensato andar por la selva cargado de toda clase de arreos y en busca de la muerte.

El cálculo de Silvino fue correcto y llegaron al amanecer. Al igual que a Colacho, la vista del gran descampado hecho para asentar el campamento y el tamaño de las construcciones impresionó al teniente, a sus hombres e incluso a Silvino y al Viejo Miguel.

—Eso no es un simple laboratorio de droga, es una multinacional —dijo entre desconcertado y temeroso el oficial del ejército.

—Y ahora ¿qué va a hacer? —preguntó Silvino, que, por la actitud que mantenía desde que logró el acuerdo con el teniente, parecía más emocionado que preocupado.

—Para empezar, voy a pedir helicópteros —respondió con orgullo el teniente.

—Si pide helicópteros los va a alertar y cuando entremos al campamento no va a encontrar a nadie —afirmó el Viejo Miguel.

—Pues yo no voy a meterme en ese laboratorio sin apoyo aéreo.

—Si no quiere arriesgarse, no ataque —le replicó el Viejo Miguel.

El teniente lo miró con rabia. El Viejo tenía razón sobre la ineficacia de los helicópteros, pero no

iba aceptarlo. Le amargaba sentirse inferior a aquel hombrecillo enjuto y mal vestido.

Ante la terquedad del militar, el Viejo siguió hablando.

—Yo me adelanto. Quiero saber si mi hijo está ahí.

—Usted no puede irse mientras yo no lo autorice.

—Perdone, teniente, pero yo cumplí mi parte del trato.

El militar titubeó por un momento. No se sentía con suficiente autoridad para detener al hombre que, con sus conocimientos de la región, le había evitado días enteros de deambular por la selva.

—Necesitamos que nos guíe para poder tomar posiciones en los alrededores.

—Ahí queda Silvino —dijo el Viejo Miguel mientras se levantaba.

El militar cargó su arma y la dirigió hacía la espalda del Viejo Miguel.

—Si da un solo paso, disparo.

—Hágalo, no sería la primera vez que el ejército utiliza sus balas contra gente inocente —dijo el Viejo volviendo a mirar al teniente.

—No me obligue entonces.

—Allá usted y su conciencia. Pero yo no quiero estar vivo cuando me digan que mi hijo murió porque me demoré en ir a buscarlo —dijo el Viejo Miguel mientras daba la espalda al teniente y emprendía el camino.

XXIII

Seferis y El Tizón roncaban a pesar de que hacía un buen rato se había iniciado la actividad en el campamento. Habrían permanecido rodando y dando vueltas entre sus sueños si uno de los vigilantes no hubiera entrado a la casa gritando y agitando las manos con un gran nerviosismo.

—¡Nos pillaron! ¡Nos pillaron!

Empeñados en recuperar al menos una parte del sueño que les había robado la persecución de Colacho, Seferis y El Tizón tardaron en asimilar los gritos del guardia. Pero el ruido de los helicópteros terminó de despertarlos.

—¡Aliste las cosas! —dijo Seferis a El Tizón mientras se ponía unos pantalones y salía de la casa.

El Tizón revolvió unas cajas y sacó de allí una olla de barro. Metió la mano y sacó varios fajos de billetes. De un estante agarró provisión y unas prendas

de ropa y lo guardó todo en un morral. Mientras se colgaba la bolsa con el dinero y se calaba un viejo sombrero, el ruido de los helicópteros se hizo más fuerte.



—Rápido, pongan todo en el mismo montón —gritó, afuera, Seferis.

Colacho deseó que la cabaña tuviera paredes transparentes para ver lo que sucedía. El griterío y el movimiento eran increíbles.

—Las enramadas también. Que esos cabrones no encuentren nada en pie —volvió a gritar Seferis mientras volvía a la casa.

Cuando el hombre abrió la puerta, Colacho alcanzó a ver a varios de los trabajadores rociando el campamento con gasolina. Nervioso, revisó a Mapaná. Se veía decaída, ni siquiera alzaba la cabeza.

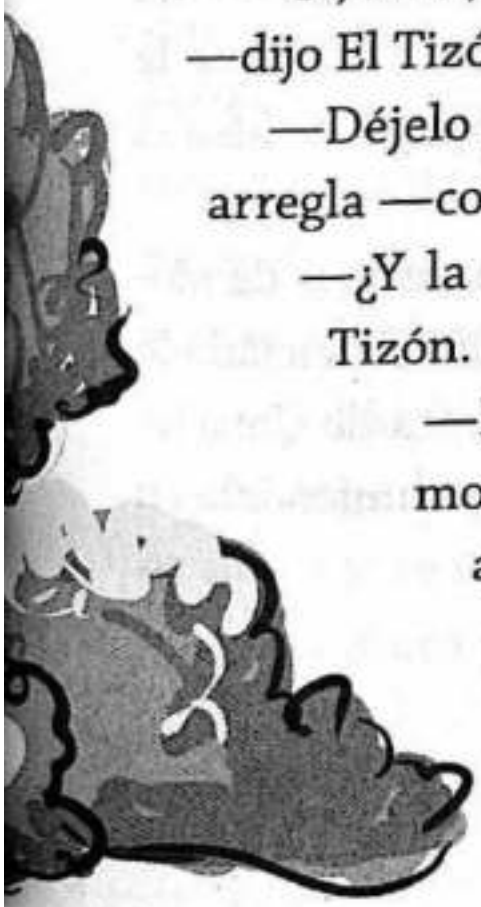
—¿Listo? —preguntó Seferis a El Tizón desde la puerta.

—Sí, listo, pero qué hacemos con este chino —dijo El Tizón.

—Déjelo ahí, que él mire a ver cómo se las arregla —contestó Seferis.

—¿Y la culebra? —preguntó aturdido El Tizón.

—Déjese de maricadas, Tizón, y vámonos, que en cualquier momento aparece el ejército —ordenó, enfurecido, Seferis.



—Aunque corran ahora, algún día terminarán pagando todo el mal que hacen —les gritó Colacho al verlos salir.

Al oírlo, El Tizón detuvo su salida.

—Si tanto quería a su culebra, ahí se la dejo, muérase con ella, ¡gran huevón!

—¡Prendan la candela! —gritó Seferis al salir.

Al escuchar esa orden, Colacho supo que Seferis pretendía quemar el laboratorio para borrar las pruebas de su delito y pensó en la gran cantidad de combustible y químicos acumulados en el lugar.

Los hombres huyeron. Los ruidos en el campamento cesaron. Solo se oía el ruido de las hélices. Colacho sintió que el tiempo se detenía. Terminaba de acomodarse en ese repentino silencio cuando sonó una gran explosión, un estallido atronador que le devolvió la vida al campamento y apagó incluso el ruido de los helicópteros.

Por la puerta entró una luz que parecía la de muchos relámpagos juntos y una humareda viciada lo cubrió todo y se metió por la garganta de Colacho ahogándolo, haciéndolo estornudar y sumiéndolo en una extraña borrachera.

XXIV

Colacho se sentía metido en una pesadilla. Los reflejos del fuego llegaban a sus ojos, pero él no estaba seguro de si, en verdad, todo ardía a su alrededor o si el calor y la sensación de peligro eran producto de la borrachera que le producían los vapores tóxicos.

Intentaba mantenerse despierto y razonar un poco cuando, junto a una de las ventanas, vio cruzar una sombra que se movía con los movimientos característicos de su padre. Pensó que ver tan cerca la muerte lo estaba enloqueciendo y convirtiendo el remordimiento de haber desobedecido al Viejo Miguel en visiones.

—¡Colacho! ¡Colacho!

En verdad estaba loco. La sombra no solo hablaba sino que se movía y parecía tener deseos de atravesar la llamas y de entrar.

Pero no era una visión, era el pobre Viejo que cuando se dirigía al campamento había encontrado el cuchillo de Colacho a un lado del camino y, convencido de que su hijo se hallaba en el lugar, intentaba encontrarlo.

—¡Colacho! ¡Colacho!

El único lugar del campamento que aún no consumían por completo las llamas era aquella cabaña y, si su hijo no estaba allí, ya estaba muerto.

—¡Colacho! ¡Colacho!

Al fin, Colacho entendió que esa voz no venía del otro mundo y decidió contestar.

—¿Papá?

El Viejo alcanzó a oír la voz de su hijo.

—Colacho, ¿estás ahí?

—¡Papá!

¡Sí, era Colacho! El Viejo Miguel buscó un punto por donde atravesar las llamas, pero no era fácil. La brisa mañanera azuzaba el fuego y esparcía la humareda tóxica. Además, la explosión había llevado hasta la puerta de la cabaña hornos microondas, bidones, tablas y fragmentos de todo tipo de objetos, cerrando con ellos la entrada.

Desesperado, el Viejo buscó un madero que aún no ardiera, lo agarró y empezó a golpear una de las ventanas. Los vidrios se rompieron con facilidad pero, a pesar de estar siendo consumido por el fuego el muro de madera todavía estaba fuerte y retenía el marco que aseguraba los cristales.

Pero el Viejo insistió hasta que una de las tablas cedió.

Por el orificio abierto, el Viejo Miguel vio con claridad a Colacho amarrado a un silla y caído en un costado de la cabaña. Sin pensar en el peligro que podía correr, buscó un espacio entre las llamas, dio un salto y entró.

Tosiendo por la humareda y con el rostro ardiéndole por el calor, el Viejo Miguel se acercó a Colacho y sacó una navaja para cortar la soga que lo amarraba. Después, agarrándolo de la cintura y los brazos, lo cargó en sus hombros.

Sin embargo, por el espacio que había entrado no cabían los dos, así que tuvo que descargar a Colacho y volver a golpear las tablas para retirar otro par de ellas.

La situación se complicó. Con cada golpe, el fuego se esparcía y cada vez estaba más cerca de quemarlos.

Al fin, después de dejar su alma en cada intento, vio el campo libre. Alzó de nuevo a su hijo, dio un gran salto, atravesó el muro y las llamas y salió del lugar.

XXV

Cuando el Viejo Miguel lo puso sobre la tierra, Colacho recobró el sentido y la visión. El aire le volvió a los pulmones y vio a su padre con lágrimas en los ojos mirándolo y revisándolo con minuciosidad.

La ternura del Viejo recordó a Colacho que Mapaná aún permanecía adentro.

—¡Mapaná!

Colacho intentó levantarse pero cayó de bruces. Podían más los nervios, el mareo y el agotamiento.

—¡Mapaná! ¡Mapaná! —volvió a gritar mientras trataba de incorporarse para correr hacia la cabaña.

—Yo la traigo —dijo el Viejo.

La afirmación del papá devolvió el alma al cuerpo a Colacho.

Pero la alegría no le duró más que un segundo. Al ver a su padre meterse de nuevo entre las llamas y al

observar cómo empezaba a desgajarse el techo de la cabaña, pensó que el Viejo Miguel podía morir.

En aquel momento llegó el ejército. Un grupo de soldados asustados buscaba criminales entre los restos del laboratorio. Uno de ellos se acercó muy nervioso y apuntó para dispararle.

—¡Es el niño! —gritó Silvino.

El militar dudó, pero bajó el arma. Silvino se acercó y trató de saludar a Colacho, pero este no quitaba la mirada del lugar por donde su padre se había metido en la cabaña.

Dentro de la casa, la situación no era menos confusa. La estructura que la sostenía había sido alcanzada por el fuego, todos los muebles ardían y la humareda no permitía ver nada. ¿Dónde podía estar Mapaná? El Viejo Miguel se dirigía al rincón en que había encontrado a Colacho cuando un tronco se despegó del techo y le pegó en la espalda.

El Viejo cayó y quedó con la cara contra la tierra. A pesar de que ese golpe le advirtió lo imprudente que era estar allí, siguió revisando.

Otro trozo de techo se desprendió y cayó a su lado. El ardor del fuego calentándole todo el cuerpo lo convenció de que lo mejor era salir de allí.

Daba la vuelta para irse pero recordó al hijo. No quería fallarle de nuevo a su hijo. A rastras, llegó al lugar donde había encontrado a Colacho. Como el humo no le permitía ver nada, estiró el brazo y estrelló la mano contra un vidrio.

El sonido le pareció extraño. ¿Un cristal en la selva? Se agachó para averiguar si estaba delirando y se encontró con los ojos de Mapaná.

El animal abría la boca intentando respirar y, retorciéndose, mostraba el miedo que le producía el fuego. Cayó otro pedazo de techo. La mano del Viejo se aferró al vidrio y tiró. El calor había derretido la silicona y el acuario se despedazó como una armazón de naipes.

Mapaná rugió e intentó morderlo. El miedo no le daba tiempo a la serpiente para saber si el hombre que tenía cerca era amigo o enemigo. El Viejo Miguel maldijo. ¿Qué hacía metido en aquel infierno y tratando de salvar a aquel animal?

De pronto, Mapaná paró de rugir. El Viejo se arriesgó y aprovechando que la serpiente estaba media atontada la cogió de la cabeza. Mapaná se le enrolló al brazo que la estaba sujetando. Al sentir la

carne tensa del animal sobre sus venas, el Viejo dio un par de saltos y buscó una salida.

Apoyado en el brazo de Silvino, Colacho observó que la humareda se abrió igual que un papel que se rompe y vio aparecer a su padre. Salió como un demonio de fábula, completamente negro, y arrastrando a Mapaná como si fuera su cola. A su espalda, la cabaña se iba cayendo, parecía que cada vez que el Viejo daba un paso en la tierra, esa pequeña vibración empujara el derrumbe.

Cuando el Viejo Miguel llegó junto a Colacho, la casa se desplomó por completo y de la estructura solo quedó un montón de escombros humeantes que recordaban una hoguera nostálgica en noche de excursión.

XXVI

Con el campamento destruido, a la tropa no le quedó mas remedio que buscar a los maleantes entre la selva. Un soldado que hacía las veces de enfermero se encargó de curar al Viejo Miguel.

A unos pasos de allí, Colacho revisaba a Mapaná y comprobaba que la culebra se salvaría. Mientras pasaba las manos sobre la piel escamosa de Mapaná, pensaba en su padre. ¿Qué podía decirle? Alzaba la vista y lo veía silencioso revisando la selva mientras el soldado le vendaba la espalda y le chorreaba alcohol en las heridas.

Una señal del enfermero y un movimiento de su padre le indicaron que la curación había acabado. Colacho tomó a Mapaná entre sus brazos y corrió hacia él.

Al llegar a su lado, se le olvidaron las razones que había estado preparando para justificarse, los ojos

se le empañaron y, cuando intentó usar las manos para limpiarse las primeras lágrimas vio que era inútil porque estaba llorando sin control.

—Estoy feliz de que haya recuperado su mascota.

El soldado se sintió fuera de lugar y se alejó.

—Debe cuidarla mejor. No me gustaría vivir otro susto como este.

Colacho escuchó estas palabras pero siguió perdido en la confusión del llanto y de las emociones. Dándole tiempo, el Viejo acarició a Mapaná.

—Tiene mucha suerte, hija, este testarudo la quiere mucho —dijo hablándole a la culebra.

Colacho colocó a Mapaná en el suelo y, recuperando un poco la calma, abrazó a su padre.



—¡Gracias!

Esta vez fue al Viejo a quien se le llenaron los ojos de lágrimas. La emoción los envolvió como una nube de polvo y, por un momento, en la selva padre e hijo fueron un mismo ser. Tal vez ese ser que da encanto a la Amazonía y que la cubre de día y de noche con su magia silenciosa.